

40 años y... ¿todavía soltera?

Natalia Plaza Morales



40 años y... ¿todavía soltera?

Natalia Plaza Morales

Índice

CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV

Capítulo I

De las cuatro, ella era la única felizmente casada, o eso creían. No lo pensaban ellas porque la conocían bien. Cuando algo le preocupaba o le molestaba, hacía una mueca con la boca. Y, con el paso de los años, ese gesto se había dibujado en su rostro de manera natural, hasta parecer una arruga o un pequeño tatuaje en las comisuras de los labios. Y es que, cada primavera, cada verano, le costaba más. A Nuria le suponía cada vez más esfuerzo conservar la etiqueta de “felizmente casada” ante el mundo y, más aún, ante sus amigas.

Habían pasado doce años desde que conoció a Marco. Marco, aquel chico tan inteligente e interesante que se le acercó en un bar una noche de diciembre, y que se había convertido con los años en ese buen padre inaccesible como hombre pero que, toda mujer, casada o no, guardaría como un tesoro. Recordaba los primeros meses de noviazgo como una película romántica perfecta. Él la empezó a llamar por teléfono desde la primera noche como si se conocieran de toda la vida. Era tan divertido y hablaba tanto que Nuria sentía que, por primera vez, sus conversaciones con los hombres no eran un monólogo en el que ella no paraba de hablar mientras los otros escuchaban asintiendo.

Pero los años habían pasado y cada uno había adoptado una actitud demasiado relajada ante el otro, como si se resignasen a estar juntos por inercia, como si ya conociesen el final de un capítulo que quisieran saltar. El sexo hace años que pasó de semanal a mensual. Y, a veces, en los últimos meses desde el embarazo de Nuria, podía, como con las nuevas facturas, domiciliarse como algo trimestral e inusitado. Pero, además, ya no era ni una cuestión de cantidad, hablamos de calidad, de sensaciones, que a fin de cuentas era lo que le importaba a Nuria. Marco y Nuria hacían el amor en la misma postura desde hace como unos ocho años. Era la posición que le resultaba más sencilla a Marco para eyacular sin manchar las sábanas (porque sí, Marco era un poco maniático para ciertas cosas y muy sucio para otras). Pero esa postura era también la que le permitía a Nuria ordenar en su cabeza todo lo que le faltaba por hacer una vez pasados esos minutos de tensión contenida, puesto que no tenía que hacer ningún movimiento mientras Marco se excitaba y Nuria era como un pulpo esparcido en la cama, que movía los tentáculos sin hacer nada. Ella, que había sido tan ardiente en su juventud, que había probado todo tipo de posturas y de lugares, ahora se conformaba con esto. Y ni siquiera esa vida sexual tan insulsa le afectaba más que cuando se le moría una planta y debía reemplazarla. Como el que espera que llegue un tren a una hora precisa, eso era lo que duraba su polvo mensual, trimestral o, con mucha suerte, semanal. Nuria no podía creer que su marido estuviera disfrutando de esos minutos tan poco

consistentes; se preguntó si también él fingía y prefirió no saberlo.

Así que, cada vez que de casualidad se encontraba con ese compañero de trabajo tan apuesto, alto, con tan buen porte, pero, sobre todo, tan morboso, ella sentía un ardor que le quemaba por dentro e imaginaba escenas que nada tenían que ver con aquel café que tomaban juntos en la máquina de la oficina cuando sus horarios se lo permitían y se cruzaban por los pasillos. Desde el primer momento en el que Pedro y ella coincidieron en el ascensor, Pedro no dudó en decirle directamente lo que le haría si la encontraba a solas. Nuria sonrió entre halagada y avergonzada, sin saber qué decir. Pedro le decía todas esas cosas sensuales con tanta naturalidad, que Nuria sabía bien que, aunque estaba casado, no era a la primera mujer a la que cortejaba. Porque lo hacía demasiado bien, era tan oportuno e ingenioso con sus palabras que Nuria pensó que lo suyo era quizá un deporte muy común que requería años de entrenamiento o un talento innato. Pero a su vez, el hecho de que fuera tan directo y honesto con sus intenciones, cada vez le resultaba más virtuoso, porque a esas edades una ya no creía en príncipes azules. Y que se ahorrasen todo el teatro de cortejo también tenía su mérito, su valentía, sobre todo para una mujer sin tiempo como era una casada.

Claro está que, a Nuria, esto al principio le molestó. Pensó que ese tipo, que le tiraba los tejos para lo que se los tiraba, no había tenido ningún gesto caballeroso con el que, al menos, conseguir el objetivo de llevarla a la cama. No había puesto algo de esfuerzo para disimular que le gustaba un poco. Y es probable que, si hubiera sido de otro modo, si Pedro hubiera actuado con un poco más de tacto o hubiese sido menos directo en sus intenciones, ya el rato loco se habría consumado entre ambos por aquel entonces. Pero no fue así precisamente, porque Nuria, que aún no había cumplido los cuarenta, no era consciente de que, ese tipo de cosas, esos cortejos que antes los hombres hacían por ella como para hacerla sentir única, no se repetirían nunca más en sus circunstancias, es decir, casada, con un hijo. Y que ahora, probablemente, atraería a un público nuevo, el de los cuarentones también casados, con ganas de pasar un buen momento, y que elegían a mujeres casadas por una cuestión de pragmatismo, precisamente para evitar que ninguna mujer franquease la delimitada línea entre el deseo y el sentimiento.

Y es que Nuria siempre fue de lo más sensual y, todavía, incluso en estos momentos, con un hijo y rozando los cuarenta, se resistía a cambiar de liga. Como los buenos futbolistas, intentaba mantener el nivel a pesar de la edad, y conseguía permanecer en primera división, aunque ya se le notaba el cansancio y el esfuerzo que la alejaba de las jovencitas, quienes sólo tenían que arreglarse un poco para ser eternas, quizás menos atractivas a veces, pero con una gran frescura que, ella aún, con gran esfuerzo, lograba mantener.

Al final, se dijo, fingir era mentir y todos fingíamos. Ella no era mejor que los otros. Era

otra persona que aparentaba que podría conservar unos principios que probablemente nunca tuvo, y unos pilares convencionales que ahora se tambaleaban con solo ver a ese compañero y rozarle disimuladamente las manos al coger el café de aquella máquina. Lo que no se explicaba es por qué no hizo nada con Pedro cuando tuvo la ocasión, por qué los dos no se besaron ni tan siquiera en aquella despedida que simulaba ser un hasta luego. Porque a lo mejor no se verían nunca más. Porque la llama del deseo no dura más de lo que perdura el recuerdo. Él le había proclamado tantas veces el deseo sexual que tenía por ella, entre chistes y bromas, que Nuria no entendía por qué al final había sido tan caballeroso y, justo en el momento en el que no debería serlo, se había despedido con un abrazo de amigo.

Pedro se había asustado. No había otra explicación razonable. En los últimos meses, Nuria empezó un poco a desvariar, inconscientemente, como un mecanismo para que el propio Pedro se echase para atrás y anulase él mismo la cita que iban a tener para verse a solas. Así fue como Nuria lo espantó en cuestión de segundos. Y entonces se acordó de aquella película que veía de adolescente, donde una chica apostaba con unas compañeras de trabajo qué haría para perder rápidamente a un chico que acababa de conocer en un bar. Primero, la protagonista lo enamoraría Y, justo después, haría todo para ahuyentarlo en tiempo récord. Con Pedro no hizo falta ir más allá del paso uno, pues al momento le explicó que eran amigos y que su intención nunca fue ir más allá de eso. Era tan seguro de sí mismo en cada una de sus acciones que eso lo hacía todavía más atractivo. Su rollo de la amistad sonó a mentira, pero Nuria ni siquiera lo intentó convencer. La había cagado. Se había acobardado. Se asustó cuando ella misma sintió miedo porque iba a pasar algo que a lo mejor podría poner en peligro su aburrida vida, pero perfectamente trazada. Inconscientemente, su cerebro pensaría que quizá eso era lo mejor para los dos, y que fuese él quien finalmente diese el paso atrás en gran parte la liberó. La decisión no era suya, y entonces no tenía que luchar con sus diablos, que sabía que terminarían por ganar. Se sintió como en un partido en el que un equipo domina el balón durante todo el tiempo y, cuando llega el momento de marcar, deciden no intentarlo. Ese había sido el método de Pedro, un juego de dominación de la pelota, para al final, pararse en seco y empatar el partido.

Pero, al verse de nuevo en el trabajo unos días después, Pedro la miró de arriba abajo. Y solo con esa mirada, justo en ese preciso momento, Nuria intuyó que él también parecía haberse arrepentido de no haber tirado a puerta.

Pero poco importaba, ya era tarde y no habría otros momentos. Pedro se iba durante unos años a Alemania, de expatriado con su familia. Y ese día era el último día en el que se verían físicamente. No sabían hasta cuándo, quizá hasta nunca. Al volver al *desk*, ella pensó que era de lo más normal que no hubiese pasado nada entre ellos, puesto que cada vez que habían estado

juntos, Nuria le había estado preguntando por su mujer y sus hijos; incluso pidiéndole fotos, y se había apartado de él, evitando cualquier roce que pudiera hacerle arrepentirse más tarde de haberse acercado. No estaba preparada para una infidelidad. Nunca lo había estado. Pero en el último mes, hablaban tan seguido, que ella misma empezó a bajar la guardia y a sentir maripositas en el estómago.

Mientras recordaba toda esa historia, Nuria pensó en lo que siempre le repetía su amiga Sara, aquello de que la amistad entre hombre y mujer no existía. Era una ilusión, una forma de etiquetar, de manera *cool*, dos relaciones asimétricas en las que uno quiere ir más allá y el otro se resiste, o no tiene interés o no está preparado para dar el paso en ese momento.

– Todo hombre que no sea gay y aguante tus cambios de humor, tus quejas y tonterías, lo hace para llevarte a la cama, querida– le decía su amiga cada vez que le presentaba un nuevo supuesto amigo que la invitaba a tomar un café.

Y Nuria recordó de nuevo todas aquellas veces, durante las cuales, Pedro le había estado llamando durante horas mientras le daba consejos como si fuera su psicólogo, cuando en realidad lo único que querría era imaginarla desnuda, y que ella no le contase todas esas tonterías que a nadie le interesaban. A su manera, sin flores, sin romanticismo, Pedro le había mostrado su interés con esas llamadas. Aquello era ya una prueba de valentía que sólo los casados entre casados tenían, –se dijo Nuria–, y debería sentirse alabada porque aquellas llamadas eran ya lo máximo del esfuerzo que los casados hacen por esas mujeres comprometidas que todavía consideran de primera liga, y con las que quieren pasar el rato.

Pero ahora él no estaba. Sobre Nuria quedaría el fantasma sexual de este compañero que se marchaba y que era el único que podía hacer temblar su matrimonio.

Respiró aliviada. Al menos, por ahora, su matrimonio estaba a salvo.

Capítulo II

Diana seguía soltera. Acababa de pasar los cuarenta y permanecía sola. Vivían en París y, para Nuria, esta ciudad, en la que había vivido por más de quince años, era un verdadero engaño para el romanticismo. Se sentía timada. Todas aquellas mujeres que habrían viajado a esta ciudad buscando el amor romántico y que se habían topado, probablemente, con la capital más promiscua de Europa.

Nuria volvió a pensar en Pedro y se preguntó si su mujer, una preciosa morena parisina, le debía permitir esos escauceos de vez en cuando. Pero esta vez Nuria lo comentó en voz alta y sus amigas tomaron parte en la conversación.

– Igual su mujer francesa cree que es algo mediterráneo, el marido español tan sociable y apuesto con las mujeres, a saber–dijo Nuria.

– O igual no – contestó Diana. Igual él con ella es siempre el príncipe azul que habíamos soñado de jóvenes y su mujer cree tener un marido ejemplar y además muy guapetón y simpático.

– O quizá son un matrimonio liberal que consiente tener escauceos de vez en cuando, queridas. Que el amor no es sexo. Y hay matrimonios que lo saben distinguir bien y les va de maravilla – concluyó Yasmín.

Pedro era alto, moreno, muy apuesto e ingenioso. Siempre con una gran sonrisa, era un hombre que sabía cómo hacer que las mujeres lo quisieran escuchar en todo momento. Sin embargo, Diana había tenido tantas malas experiencias con hombres casados, que no creía que los hombres fueran igual fuera de casa que de puertas para dentro. Por lo que había optado por desconfiar de todos, por meterlos a todos en el mismo saco. Nuria pensó en su marido, ¿haría lo mismo él como tantos otros casados?

Para Diana los hombres habían dejado de ser fiables. Después de quince relaciones fallidas en la ciudad del desenfreno, ella parecía haber perdido la ilusión, aunque tampoco se le veía con mucha desesperación por encontrar a nadie. Diana era alguien que sabía disimular bien sus estados de ánimo; entonces no sabían si era lo suficientemente feliz en su vida de permanente soltera o si había decidido no volver a quejarse por una situación en la que se encontraba semipermanentemente y que a nadie le importaba.

El marido de Nuria decía siempre que no entendía que una mujer como Diana, tan mona, tan simpática, pudiera estar todavía soltera.

– Algo en su carácter deberá tener – le decía. Si no, no se explica.

Para Marco, era evidente que, toda mujer, si era guapa, ya tenía el setenta por ciento ganado de una relación, entonces una mujer mona sin pareja era definitivamente una mujer loca o con problemas mentales gordos.

Ante este tipo de comentarios, Nuria se decía a sí misma, como para animarse, que, si a los cincuenta tuviera que estar sola, encontraría todavía un cincuentón que la aguantase por su buen conservar, más que por su inteligencia o por los méritos que hubiese logrado en su carrera profesional, porque parecía que el primer paso para cualquier conquista masculina seguía siendo el físico. La primera garantía para fidelizar a un marido era mantenerse bien. Eso ella lo había comprobado por sí misma, porque siempre había sido descrita por sus amigas como la que ahora llamarían una bipolar inofensiva y, aun así, le duraron siempre los novios y, hasta entonces, el marido. Y es Nuria a veces podía ser tanto la más cansina y obsesiva, deprimente y negativa, como que, de repente, se convertía en la más alegre y chistosa. Es posible que eso hubiera medio enganchado a sus antiguos novios, que, algunos días no la soportaban por pesada y, otros, la consideraban casi como una mujer ideal para sus vidas. Nuria tenía esa risa contagiosa que a los hombres tanto gusta, ese pelo color chocolate y esa belleza latina que nunca pasa de moda: unos ojos grandes, con largas pestañas que miraban, aún a su edad, con la inocencia de una niña pequeña. Una piel bronceada y brillante que no pasaba desapercibida, sobre todo en un país donde la mayoría de las mujeres eran tan blanquecinas como frías a la hora de manifestar sus sentimientos.

Pero para Diana las cosas eran distintas. Ella no tenía un marido con dinero que la pudiera mantener como lo tenía Nuria, ni esa chispa que hacía que los hombres se fijaran en su amiga sin saber por qué. Aunque fuera ya, a esas edades, para un rollo pasajero, Nuria nunca pasaba desapercibida por completo.

Diana también atraía a casados, ella agradaba sobre todo a hombres comprometidos. Pero eran casados que ella proyectaba como parejas potenciales y, por eso, la decepción era mayor, la caída más fuerte y los fines de semana en la cama sola, cada vez más insoportables. Porque los casados nunca estaban disponibles los fines de semana, salvo en contadas excepciones. El último ligue había sido un argelino que debía ser muy bueno en la cama, porque durante meses cuando se la encontraban, Diana traía una cara tan buena como la que acaba de hacerse un lifting. Nuria la miraba, entre deseosa de ser Diana y apenada, porque intuía que, seguramente, ese también estaría casado y que ella correría la misma suerte que todas las otras veces. Y es que parecía que Diana tenía un imán para este tipo de hombres que se divertían durante meses, mentían, y acaban desapareciendo de la noche a la mañana.

Y así fue, al cabo de tres meses y medio, Diana recibió una llamada de una mujer con voz ronca, que le amenazaba para que dejase en paz a su marido y a su familia. La mujer no paró de insultarla durante cinco minutos, sin posibilidad de réplica por parte de Diana. Aquella situación parecía un *déjà-vu* para su amiga, que recordaba historias parecidas que habían acabado por el estilo, con mails o mensajes de texto. Pero es verdad que, a pesar de todos los engaños, Diana no había ni pensado en esa posibilidad esta vez. Quizá porque en los últimos años había adoptado la estrategia de la novia *cool* con sus nuevas conquistas, pero con los mismos resultados que aquellos que le habían traído años atrás los de ser la novia celosa y agobiante.

– La verdad es que no lo entiendo. Debo de ser tonta, tonta del culo. No me di cuenta de que estaba casado. Parecía siempre tan despreocupado. Nunca miraba el teléfono, jamás recibía llamadas cuando estábamos juntos.

Es verdad que el argelinito, como Diana cariñosamente lo llamaba, siempre se quedaba poco con ella. Pero Diana había asimilado por sus charlas que era simplemente porque Momo tenía una vida cultural y personal tan activa, que eso era lo que le impedía tener largas relaciones de pareja.

– Mira, Diana – dijo Yasmín. Un hombre que no pasa tiempo con una mujer es, o porque no tiene ganas o porque tiene otras ocupaciones que no te cuenta. No hay más que rascar. Ningún hombre que quiere a una mujer, que desea de verdad estar con ella, dejará de ver a esta mujer por ir a contemplar un cuadro a un museo o ver jugar un partido de fútbol. Los hombres son más básicos, y cuando les gusta una mujer, sacan el tiempo para estar con ella.

Yasmín sabía de lo que hablaba. Ella fue hombre. Hace veinte años que era mujer, pero conocía mejor que nadie cómo funcionaba el cerebro y el pene de un hombre. E incluso Yasmín, que ahora era toda una hermosa mujer, decía que aún conservaba esas subidas hormonales, que, en cuanto un hombre le excitaba, le hacían perder la cabeza.

– Un hombre excitado, es un hombre castrado – les decía Yasmín. No piensa. No razona. Lo tienes en tus redes. Pero en el momento en que la excitación desciende, descubres sus verdaderas intenciones.

Lo que Yasmín quería explicar a Diana es que no existía un manual para tratar a un hombre, porque eran tan sencillos que no necesitaban ningún código para entenderlos.

– Si un hombre te quiere esposar, te lo dirá. Si solo te quiere follar, igual. Si te llama es que le interesa, si no te escribe es que no se acuerda. Lo único que tienes que ver es para qué te quiere realmente. Para saber si a ti, querida, te cautiva lo mismo de él – le dijo a Diana mientras le acariciaba un mechón de pelo con dulzura.

Nuria admiraba a Yasmín. Y la envidiaba por tener esa fortaleza de espíritu que la hacía única. Era una mujer pragmática. La miraba y se decía que era la mujer ideal para cualquier hombre, tan guapa, tan sensual, con una cabeza tan bien amueblada, que era incapaz de sufrir por cosas banales. Ella era alta, esbelta, y tenía unos cabellos rubios lacios y largos, y una piel dorada por el sol. Cuidaba al detalle su cuerpo, tanto que parecía una modelo australiana salida de una revista. No sabían cómo era antes de operarse, porque era tan coqueta que no les había enseñado nunca una foto en ese cuerpo atrapado de hombre que lo había visto nacer, y del que, sin duda, parecía avergonzarse delante de sus amigas.

Desde que la conocía, hace aproximadamente diez años, Nuria la veía como la mujer perfecta. Tenía todo lo que ella querría tener y no alcanzaría. Ya no hablábamos de físico, porque tanto Nuria como Yasmín eran mujeres preciosas. Cada una con una belleza diferente, una era alta y rubia, mientras que la otra era pequeñita y morena. Pero esa facilidad para relativizar, esa rapidez para olvidar un polvo fácil y sin futuro, y poder proyectarse en una próxima conquista, hacían de Yasmín una mujer fuerte y decidida.

Si fuera como ella, quizá se hubiera atrevido con Pedro. O quizá no. Nuria volvió a pensar en él, porque le había llamado justo ahora que iba con la furgoneta solo, de viaje a Alemania. Había decidido irse unos días antes que el resto de la familia, para prepararlo todo. Pero justo cuando ella pensaba que la conversación iba a seguir fluyendo, Pedro no había dado más señales de vida. Era como si, en aquel largo viaje, se hubiera acordado de ella de repente y no sabía por qué ni para qué. Entonces Nuria se convenció de que, al llegar a Alemania, habría tenido otras cosas más importantes en las que pensar. Sabía de sobra que ella no era nada prioritaria para su colega casado. Era como un objeto de deseo, entre muchos otros, que a veces también el propio Pedro recordaría entre la nostalgia de lo que podía haber sucedido y lo que a lo mejor podría pasar si se encontrasen de nuevo.

Lo bueno de ligar entre casados, – pensó Nuria –, es que no te ocultan nada. Sus jugadas son tan limpias que no podrías, ni como la amante de un casado, reprocharles nada. Te llaman cuando no está ni su mujer ni sus hijos, algo que no pasa todas las semanas, ni a veces todos los meses. Sabes que el casado nunca te llamará una noche, siempre te escribirá de día. Y que raramente dejaría a su mujer por otra, nunca lo plantearía, a menos que su historia con su mujer estuviera a punto de hacer aguas y tú fueses su salvavidas.

Le dijo entonces a Diana lo que estaba pensando.

– Sabes, Dianita, la próxima vez que quieras saber si un hombre está casado o no, tienes que escribirle de noche. Y si tarda en contestar o no responde a ninguno de tus mensajes durante la noche, ya tienes la respuesta, te salió rana.

Diana resopló y puso una cara de asco, como si oliera a podrido. Estaba cansada. Aburrida de intentar adivinar qué había en la cabeza de los hombres con los que intimaba. Se miraba al espejo y se veía sexy, inteligente y divertida, se quería a sí misma con sus defectos, los cuales no eran peligrosos y había aprendido a amar. Entonces, realmente no podía saber qué estaba fallando en sus relaciones. Y estaba hastiada de leer libros absurdos de autoayuda que le proponían comportarse de tal o cual manera para enamorar a un hombre. Con cada novio había intentado cambiar cosas de las relaciones anteriores, pero no había entendido qué razones le habían hecho terminar con sus parejas. Eso le había llevado a pasar por fases de todo tipo en los últimos años, desde la punk treintañera llena de pircings a la mujer pija y educada que hablaba poco y vestía elegante. A veces Diana se iba adaptando a los novios, como si de un perro se tratase, e iba amansándose a sus peticiones y gustos, hasta parecer ridícula.

Nuria recordó entonces la época en que Diana había conocido a Josep, aquel profesor de política internacional argentino que tenía aquellos aires de prepotencia absoluta y que era guapo a rabiar y se lo creía aún más. Se había puesto a leer como loca los clásicos, y hasta se sacó un bono para ir con Josep a la Ópera Garnier todos los meses. Mientras veían *El Lago de los Cisnes*, Diana las avasalló a mensajes durante toda la obra, porque no soportaba la ópera, le aburría como a una ostra. A pesar de que Josep era un engreído y un infumable, fue él quien la terminó dejando, porque le parecía que no eran lo suficientemente parecidos para seguir “el largo camino de la vida juntos”, como le dijo aquella tarde en la universidad para parecer profundo, poético. Aquella fue la manera de Josep de decirle que ella no estaba a su altura, y que seguiría picoteando de flor en flor hasta hacerse viejo. Pero durante meses, Diana insistió en encontrarlo por las aulas de la universidad, se compró vestidos nuevos y libros de literatura culta, que paseaba mientras lo buscaba como loca por los pasillos. No coincidieron y ella no los leyó. Para cuando por fin se vieron, Diana ya estaba en una etapa más alternativa, con un surfista australiano, que, además de follar bien, era gracioso. No tenían nada que decirse, se saludaron como si apenas se conocieran, y cada uno volvió apresurado a dar sus clases.

– Un mierda que se cree mucho y no llega ni a pedo – pensó Yasmín y lo repitió en voz alta. Poético no es lo mismo que ser patético. Ese tío es un patético y se cree que es un *crack* – le gritó Yasmín a Diana por aquel entonces, cuando le contó que de nuevo le habían dejado.

Todo eso de los cambios de personalidad molestaba tanto a Yasmín que un día le dijo:

– Sabes, reina, si yo hubiera tenido que adaptarme a mis parejas, seguramente hoy, o no tendría polla o tendría dos como poco, una para delante y otra para atrás de tapagujeros.

Yasmín podía ser muy vulgar cuando se enfadaba, pero siempre terminaba sus groserías con una frase que podía ser una fusión entre un consejo de autoayuda y una lección filosófica.

– Querida, el mundo no está hecho para que te adaptes, sino que es el mundo el que debe hacerte a ti, reclamar tu presencia como diosa. Toda mujer, reina, es una diosa. Y tú también lo eres, solo que crees que todo lo que te pasa es por ti misma y no por los capullos con los que te vas encontrando en esta ciudad.

Para Yasmín, París era la ciudad de los patanes, en cada esquina aparecía un imbécil diferente y tenías que aprender a reconocerlos para no perder el tiempo y lastimarte. Por cada calle bonita, por cada monumento histórico, París te colocaba unos cuantos imbéciles para hacerte ver que no todo en la vida podía ser perfecto. Si aprendías a esquivarlos, esta ciudad te daba un clímax maravilloso, una paz y una cultura que ninguna otra ciudad del mundo podría ofrecerte. Si no eras capaz de hacerlo, si fallabas en cada intento, te convertirías en una vieja solterona, con un gato negro y un apartamento con vistas al *Sacre-Cœur* desde el que añorar lo que nunca tendrías.

Diana le dio la razón. La miró como a punto de saltársele las lágrimas de agradecimiento. Porque Yasmín era como ese psicólogo barato que te da un consejo que dura poco, pero que durante el rato que permanece, te hace sentir flotando, te proporciona una especie de subidón sin necesidad de sustancias, una fuerza que parece haber curado toda herida por un momento. Hasta que bajas de esa nube y te chocas con el suelo.

Y, además, Diana estaba en ese momento de su vida en el que había aprendido a estar consigo mismo a solas y a sentirse bien. Y, sinceramente, no estaba tan mal como para forzar las cosas, una y otra vez, para llegar al punto de verse mejor sola que con un cretino como con los que habituaba a cruzarse.

– Si quieres resultados distintos, no hagas siempre lo mismo – le dijo Mary.

Aquella frase de Mary les sonó a todas como aquello de que la culpa de todo lo que nos pasaba parecía ser siempre de uno mismo. Como que uno construía su suerte, cuando, en realidad, todos sabíamos que nunca se empezaba la partida con las mismas cartas. Nuria pensó en si sería la culpable de que su marido y ella pareciesen dos compañeros de piso que comparten cenas y compras en el supermercado cada semana. Si el futuro le habría reservado la adrenalina

semanal de cocinar atún o salmón un viernes por la noche, mientras que ambos miraban cosas distintas en su celular. Diana, por su parte, tomó esa frase de su amiga literalmente y se cuestionó a sí misma. Le pareció que su actitud había sido siempre la de una mujer sumisa con los hombres. Se dijo que, a pesar de tener mucho genio en su trabajo y valor con todo el resto de su vida, la falta de confianza en sus relaciones le hacía demasiado vulnerable. Yasmín no se dio por aludida. Ella obedecía a sus deseos y a su cuerpo en todo momento, y poco le importaban las frases hechas de poemario barato.

Mary era la lista del grupo, la intelectual, la que parecía saberlo todo o la que tenía siempre una respuesta que a la larga resultaba la adecuada. Nuria se preguntaba si los hombres no huían de ella por esa misma razón. Porque, aunque los hombres estaban acostumbrados a no querer llevar la razón casi nunca y eso les importaba poco, el que no hubiese margen de error alguno, los sacaría de sus casillas. Y es que, estar con Mary debía de ser como el medio tiempo de un partido en el que tu contrincante ya gana cuatro a cero. La posibilidad de remontar resulta imposible y entonces te desilusionas, no quieres seguir jugando. ¿Para qué? ¿Acaso no le pasaría eso a su exmarido, Jean Paul? ¿Por qué una mujer tan perfecta terminaba por divorciarse como el resto de los mortales en este tiempo?

Mary había estado casada con un francés durante seis años. Un francés tan, tan guapo como insípido. No tuvieron hijos, porque, por aquel entonces, les dijeron, sus carreras estaban despegando.

Jean Paul era el hombre al que todas miran al cruzárselo por la calle. Sus ojos azules tenían una profundidad que, por un segundo, te transportaban al cielo. Pero con el que, al cabo de los cinco minutos de conversación, se apagaba la lucecita que te animaba a conocerlo mejor. Y no era por ser tonto, ni mucho menos, sino simplemente por insipidez, por falta de chispa, de aquello que una mujer busca en un hombre para hacerla reír y, más adelante, hacerla gemir.

Y Nuria volvió a pensar en Pedro, que era todo lo contrario. Cuanto más lo conocías, más te apetecía seguir conociéndolo. Lo imaginó conduciendo y diciendo esas cosas que sabía decir a las mujeres, con tal ingenio y pitorreo, que no podías saber si estaba bromeando o estaba en serio. Esas cosas que hacían que se te humedeciera todo por dentro. Y tuvo que dejar de pensar en él para no fantasear con esa tarde loca que no tuvieron y en la que todavía se proyectaba.

De todas formas, – se dijo Nuria para autoconvencerse de que lo que no había pasado era lo correcto – Pedro no me había vuelto a escribir. Conociéndolo, alguno de mis comentarios que no daba rienda suelta al fantasma lo habría medio molestado o parado en seco para no seguir

cachondeándose con ese juego de palabras que usaba, entre la broma erótica y los consejos sinceros. Nuria se preguntaba cuánto tardaría Pedro en olvidarla del todo, una vez que ya no se vieran. Porque sabía que ella ganaba en las distancias cortas, en la espontaneidad del día a día, y que los meses de invierno los llevarían a ambos a olvidarse del todo.

Lo vio en línea aquella noche. Sabía que no estaba todavía con su mujer y probó a escribirle hablándole de alguna cosa que nada tenía que ver con lo que ambos realmente querían escuchar o habrían querido decirse. Pensó que había relaciones que no se consumaban porque no estaban destinadas a ello, que, a pesar de las ocasiones y de las tensiones, se quedaban en nada y, a veces, quizá era mejor así. Pero para eso estaba la imaginación, para dar forma a esos momentos que no terminan como uno desea. Se dijo que no podía hacer más que pensar esa noche *in situ*, imaginar a Pedro como si estuviera físicamente con ella, desnudo, acariciando sus pechos. Y eso no significaría ningún pecado, como le decía Pedro a Nuria bromeando una y otra vez con aquellas situaciones picantes que no pasaban. ¿Verdad?

Capítulo III

Yasmín las había citado aquel fin de semana para presentarles a su nueva conquista, Alberto. Los ligues de Yasmín no solían durarle más de un mes, como máximo cinco o seis semanas. Yasmín decía que los hombres en la cama eran como limones a los que, cuando se les exprimía el jugo, había que beberlos, y luego tirar la cáscara, pero no volver a colocarlos en el frigo, porque ya no tenían nada más que ofrecer. No sabían muy bien para qué las citaba, cuando en realidad les había contado que Alberto estaba divorciado por tercera vez, que era bastante liberal y tenía relaciones de todo tipo, con cualquier sexo. Y ya sabían que a su amiga esos amoríos no le duraban tanto tiempo como para que sus amigas se encariñasen con ellos.

Pero allí estaban todas. En un café de los Campos Elíseos, mirando el atardecer como quinceañeras. Por allí venían Yasmín y su nuevo ligue, besándose las manos, como si no hubiera nada ni nadie alrededor de ellos. Era tan bonito ver a dos personas cuando se desean, daban esa sensación de estar flotando por el mundo, ajenos al resto.

Cuando se sentaron, Mary miró a Alberto un poco analíticamente, como si estuviera escaneando en su cabeza toda su fisionomía. El hombre se dio cuenta, y Diana le pisó el pie a su amiga para que disimulara un poco. Ante tal pisotón, Mary gritó de repente y tuvo que decir que le pareció haber visto una rata parisina correteando por entre las mesas para no quedar como una loca.

Nuria fue bastante más discreta, pero nada más dar un sorbo a su té helado, empezó el interrogatorio, que inició con naturalidad, como aquel que acostumbra a hacerlo con frecuencia. Estaban tan habituadas a estos encuentros que se sentían como el trabajador interino que acude al paro cada dos meses en búsqueda de pequeños trabajos y que tiene, también él, que disimular que la oficina le encontrará algún día un trabajo de verdad.

– Entonces, estás divorciado. ¿Tienes hijos? ¿A qué te dedicas? – le preguntó Nuria.

Más que una presentación, recordaba a una entrevista de trabajo. Y por la cara de todas, parecía que la primera impresión ya era un: no reúne usted los requisitos, el puesto no será para usted, diga lo que diga, porque sabemos que la vacante terminará vacía, como siempre.

Pero para sorpresa de todas, Alberto se defendió bastante bien. En realidad, Alberto era de esos hombres que, a medida que te iba contando cosas, parecía alguien tan cercano, tan conocido. Un hombre en el que una podía confiar, que contase lo que contase, te iría

convenciendo de que podría ganarse el amor de su amiga. A pesar de jugar con las peores cartas, Alberto se defendía como si tuviera ya la partida ganada.

Así lo hizo durante hora y media. Les contó que sus divorcios le habían enseñado a evolucionar, que no tenía ningún problema en estar con su amiga transexual. Todas las mujeres eran para él hermosas.

Cuando Alberto y Yasmín se fueron, se quedaron mirándose unos minutos sin hablar, como si no supiesen si les habían marcado un gol o simplemente este hombre valía tanto como para estar a la altura de su amiga.

– No sé, guapo, guapo es guapo, sin duda. Tiene ojos azules, es alto, viste bien y tiene porte – dijo Diana. Cualquiera se podría enamorar de él en pocos minutos.

A Diana le gustaban los chicos de ojos claros. Mientras que para Nuria el que tuviera ojos azules no era para nada una garantía, los prefería morenos, bronceados, tipo ibérico.

– Está claro que cualquier mujer se podría enamorar de él, Diana. Ese es el problema. Es demasiado bueno en todo y lo sabe. Y este tipo de hombres son conscientes del éxito que tienen con las mujeres. Por eso cambian con frecuencia, les gusta gustar y no pueden quedarse con cualquier trofeo– concluyó Mary.

Por algo Mary era la lista del grupo, la racional, la que no pensaba con las bragas. En dos segundos, su amiga daba la vuelta a las cartas y les tocaba reconsiderar de nuevo toda la partida. Se quedaban pensando en si era posible que fuera todo un Don Juan o el caballero que les había deleitado con sus respuestas toda la tarde.

– La verdad es que, os digo una cosa –dijo Diana. Sea como sea, y dure lo que dure, creo que Yasmín lo pasará muy bien estos meses o días, o semanas, lo que sea que le dure este buenorro. Alegría pa’ el cuerpo. El hombre es madurito y sabe cómo tratar a una mujer. Imagino que lo sabrá hacer en todos los contextos y escenarios, que es lo que a Yasmín le interesa fundamentalmente – concluyó.

Era verano y Nuria se acaloró pensando en los bíceps de Alberto haciendo el amor con alguna mujer, quizá incluso con ella. Cogió el abanico que le había regalado su abuela y lo meneó con fuerza. Pensó que para eso servían los abanicos y por eso antiguamente lo llevaban las abuelas en España. Porque tenían que ser fieles y sólo abanicándose aguantaban ese martirio. Le entraron unos calores, que, si no fuera por su edad, que acababa de cumplir treinta y ocho, se hubiese creído menopáusica. Pero Nuria sabía muy bien a qué se debían esos calores y cómo remediarlos. Entonces agitó con más fuerza su precioso abanico.

+++++

Nuria volvió a casa y, entre tanto, Pedro le había contestado al mensaje, de una manera simpática, amistosa, que no dejaba entrever ninguna intención.

– Otra vez en el mismo punto de partida – suspiró en voz alta.

Salió a fumar un cigarrillo. Había vuelto a fumar tras el nacimiento de su hijo Leo y ahora le resultaba difícil dejar de hacerlo, pero lo hacía muy de vez en cuando. Cada vez que se sentía un poco angustiada, dubitativa, salía al balcón y, mirando a las estrellas, inhalaba con fuerza, y parecía que todos sus problemas, angustias, y deseos se esfumaban como el humo de aquel cigarrillo. Se acordó de que más allá de sus fantasmas, de sus hormonas, de todo lo que se le movía por dentro, tenía que volver a su vida normal, su vida de madre a tiempo completo. Entonces se fue a acostar, cogió el móvil, leyó un artículo en la web y cerró los ojos.

Su marido dormía en la otra habitación, entonces sólo escuchaba algunos pequeños ronquidos a lo lejos. Hace algunos años que no dormían juntos. Empezaron con el nacimiento de Leo. Y al final, cada uno le pilló un poco el gusto a estar solos, a no tener que dormir abrazados cuando a ninguno de los dos le salía acurrucarse obligadamente cada noche. Le pillaron el gusto a poder ver cada uno una serie sin molestar al otro, a poder escribir a cualquiera a todas horas de la noche sin parecer estar casados. Nuria pensó en todas esas parejas que duraban treinta o cuarenta años y se preguntó cómo habían hecho para endulzar la pasión y el deseo durante tanto tiempo. ¿Habrían sido siempre fieles durante todos esos años o habrían cometido infidelidades que el otro no supo? ¿Se habrían puesto de acuerdo para firmar un pacto como a ella le parecía que hacían muchos parisinos y por eso salían por separado los fines de semana?

Se acordó entonces de su tío Juanjo, casado toda la vida con su tía. Un matrimonio idílico a los ojos de todos, o más bien de casi todos. Cuando Nuria era pequeña, encontró a su tío en dos ocasiones en casa de su amiga Irene, que tenía una madre divorciada, casualmente una antigua novieta de su tío en su juventud. Una de las veces en las que ella fue a casa de su amiga, se los encontró juntos tomando un vino y con velas a una hora temprana, las cuatro de la tarde, hora en que los casados pasaban sus “noches locas”, pero ella por entonces no lo sabía.

Nuria miró a su tío simulando la inocencia de alguien que cree que su tío tiene una amiga con la que comparte veladas soleadas en tardes de verano. Y su tío la saludó con la condescendencia de alguien que visita a una vieja amiga y celebra, con vino y velas, que los años

hayan pasado para ambos con salud e hijos. Pero en su sonrisa cómplice, ambos sabían que las amistades entre hombres y mujeres a solas, en una tarde soleada y con vino, pocas veces terminan con un abrazo solo.

No pudo no dejar de pensar en su tía, aquella mujer siempre un poco subidita, tan segura de sí misma, que parecía controlar todo en casa. Un marido al que dominaba bastante bien, que la quería y la respetaba durante tantos años. Se dijo que su tío igual la quería, pero no la deseaba, que la amaría como uno quiere a un perro al que siempre ha tenido y que no quisiera perder nunca. Lo pudo entender. Y ahora con los años más aún. Y no lo juzgó con la misma ironía con la que su amiga y ella habían estado bromeando por aquel entonces sobre sus parecidos físicos y la posibilidad de ser familia por el roce que sus familiares ya tenían.

Acordó que el secreto estaba a salvo y se preguntó cuántas otras novietas habría visitado su tío a lo largo de los años en aquellas sobremesas soleadas del verano caluroso de Sevilla.

Capítulo IV

Aquella semana sería el cumpleaños de Diana. Cuarenta y un añitos cumpliría su querida amiga. A ella parecía habersele olvidado por completo y no había hecho alusión alguna a un día tan especial. Desde hacía más de cinco años, ya no tenían ninguna alarma de su Facebook que les informase con precisión de esa fecha tan señalada. Pero cuanto más se le olvidaba a Diana, más le gustaba a Mary recordarle que el cumplir años era síntoma de seguir vivas y que había que celebrarlo juntas.

Entre ellas, habían decidido hacer una pequeña fiesta en *petit comité* para celebrar su cumpleaños. Era primavera y París estaba precioso. Al principio acordaron en hacerlo en un parque, al aire libre, pero luego decidieron que alquilarían un pequeño local por unas horas a las afueras de París. Lo primero que pensarían sería a quién invitar y dónde podrían sorprender a Diana para que empezase los cuarenta y uno con música y alegría.

Diana trabajaba en varias universidades privadas en París. No tenía el doctorado para ser profesora de universidad, pero esa era una de las ventajas de ser profesora asociada de español en Francia. Bastaba cualquier diploma superior, – les contaba su amiga –, para ser profesora y obtener unas clases sueltas, que podrías acumular hasta constituirse un sueldo. A ella le gustaba decir que era profesora de universidad cada vez que volvía a España. Y en Francia, el tener varios empleados le daba la libertad de no estar atada por completo a ninguno de ellos y sentirse libre.

Nuria se imaginaba a los entrevistadores cuando seleccionaban al personal, pidiendo que les enseñara a bailar sevillanas, mientras comían unas aceitunas y bebían un calimocho tocando las palmas.

– Cojo la manzana, la arranco y la tiro. Así se mueven las manos – diría Diana cada vez que postulaba para unas clases.

Así se hace, – le respondería el entrevistador–, al que poco le debía importar lo que ella haría en sus clases. Está usted contratada en una de las mejores universidades del país.

Eso sí, con un contrato muy precario que tendrán todos tus compañeros, con doctorado o sin él, porque para bailar sevillanas y comer aceitunas, no se necesita un doctorado– se diría a sí mismo el entrevistador contento al acordarse de todo lo que se ahorraría con un profesor mal pagado.

Yasmín propuso hacerle una sorpresa en una de las universidades de Diana, contactar a algunos compañeros para que les ayudasen con la fiesta.

Pero cuando intentaban recordar quiénes eran sus compañeros más allegados, se dieron cuenta de que Diana no tenía grandes colegas de trabajo a los que le apetecería ver en un día tan especial. Como ella les había contado, hacer amigos verdaderos en ese ámbito era realmente difícil y muchos de ellos habían desarrollado una falta de compañerismo y empatía, que hacía difícil con el tiempo tratarlos de amigos. Había una gran competitividad para hacerse con las clases, porque sin contratos fijos y con la falta de experiencia y de excelencia que se necesitaba para impartir aquellas clases en la mayoría de esas universidades, la gente se enemistaba fácilmente o dejaba de hablarse cada vez que unas clases pasaban de un colega a otro.

– No tenemos a nadie que sepamos que realmente sería bienvenido a la fiesta de Diana. Es normal, es culpa del sistema francés con respecto a la educación superior y el interés de no hacer puestos de titulares. Indisponen a la gente con esas horas envenenadas ¿No han pensado en pedir un doctorado para ser profesor titular, por ejemplo? A lo mejor se creen que una universidad es una churrería – manifestó Mary reivindicativa.

Lo que más le molestaba a Mary era la mentira. Ver como algunas de esas universidades se vanagloriaban sobre la excelencia académica de su profesorado, cuando en muchos casos, y por lo que le contaba su amiga, parecía que lo que realmente servía para trabajar en esos sitios era tener contactos.

Nuria no pudo hacer más que confirmar lo que decía su amiga. Un país que no se preocupa por tener a buenos profesores, se arrepentirá más tarde de lo que cosecha. Pero en Francia ser profesor era una profesión poco deseada y sus sueldos, al igual que los diplomas, reflejaban la consideración que en el país gallo daban a este gremio.

Yasmín volvió a pensar en los compañeros de trabajo de Diana.

– Chicas, ¿os acordáis de Francis, aquel chico uruguayo que trabajaba con Diana en una de las universidades? Hace poco me lo encontré en el metro y estuvimos charlando un rato. Quizá podríamos llamarlo. Es bastante majete. Hace mucho que ella no nos cuenta nada sobre él, pero creo que siguen trabajando juntos.

Francis era de esos chicos que caían super bien al principio, pero que, con el tiempo, te resultaban pesados y terminabas por medio perderles la pista.

– Se repite más que las habichuelas – declaró Yasmín. No es alguien que podríamos llamar todos los días, pero para una noche de fiesta, Francis es sin duda la alternativa perfecta.

Francis estaba casado y tenía dos preciosos niños de los que presumía a menudo como su mayor tesoro. Cuando lo conocieron, no dudaron en pensar que era gay nada más charlar un rato con él, pero el hecho de que tuviera hijos las desconcertó al principio. Luego Francis empezó a hablar en femenino, a usar el lenguaje inclusivo, y ya ellas se miraron y no tuvieron ninguna duda. Sin embargo, parecía que las suyas seguían ahí y Francis no daba ningún paso al frente para reconocer que quizá le gustaban más los hombres que ninguna de ellas.

Para Yasmín, que decía que por su condición de nacimiento tenía un radar para reconocer quién estaba en el cuerpo opuesto o quien tenía otras preferencias sexuales, Francis era un bisexual como otro cualquiera, y sentía atracción por hombres y mujeres a partes iguales.

Diana les contó que incluso había intentado seducirla en algunas ocasiones, que se rozaba bastante, entonces la tenía un poco desconcertada. Intuyeron que seguía casado porque sentía también el deseo por estar con su mujer, pero también por estar con otras mujeres y otros hombres.

Ahora todo el mundo es diferente, queridas – les dijo Yasmín a sus amigas. No olvidéis que estamos en la capital europea que recoge a más insatisfechos, maricas, transgresivos, rojos, azules y amarillos. Cualquier cosa que sea moderna, como el lenguaje inclusivo, será lo primero que escuches en esta ciudad. Pero a la hora de bajarse los pantalones, pocos lo hacen sin pensarlo dos veces.

Yasmín era bastante peculiar como persona. Era una mujer travesti que parecía que no iba con los nuevos avances en lingüística, como, por ejemplo, el lenguaje inclusivo. Quizá una de las pocas travestis que no lo abanderaban. Pero luego, sin embargo, era la primera que proclamaba orgullosa su condición transgénero donde quiera que fuese, aunque nadie lo hubiera adivinado si no lo contaba. Imaginaban que era cosa de la edad, lo de no ir con aquellos avances progresistas. Ella ya tenía cerca de cincuenta y le costaba adaptarse a los cambios. Nuria se dijo que, cuando la gente se hace mayor, no quiere que las cosas que no sabe dominar cambien con más rapidez que uno mismo. Yasmín temería usar un lenguaje que no le era natural, pero que definía tanto a un grupo sexual como a ciertos grupos políticos. Pero tampoco sabían a quién votaba Yasmín, porque igual ponía a parir a uno por ser de derechas que a otro por ser de izquierdas. Ella era tan única que no podían etiquetarla con nada ni con nadie.

Ahí quedaba Francis como uno de los posibles invitados al cumpleaños secreto, un buen candidato para una fiesta.

– Hay otra profesora, Alejandra, que podríamos invitar – sugirió Nuria.

Alejandra era una profesora de las de verdad, les había dicho Diana el día que la invitó a

tomar una cerveza a su casa de las afueras de París. Se trataba de una mujer colombiana, de unos 39 años, con doctorado para impartir clases y con ideas ingeniosas, pero que seguía trabajando como *vacataire*, y a la que Diana ya daba la bienvenida al club de los empleados precarios.

– Podía haberse salvado – les decía Diana. No entiendo muy bien que hace aquí todavía. Este no es su sitio. Pero ya es tarde, se hace mayor, no saldrá de esta. Yo creo que tiene problemas psicológicos que le impiden el cambio y prefiere la precariedad a tener que empezar de cero.

– Te equivocas, contestó Mary. Precisamente este es quizá su sitio y no el vuestro. A lo mejor no se va porque, quedarse para ella, es como una especie de rebelión contra un sistema que reprime a los excelentes para no tener que premiar también a los mediocres o a los que no están suficientemente preparados académicamente.

Si hubiera estado ahí Diana, la miraría con cara de asco por lo que acababa de decir. Le acababa de llamar mediocre sin estar delante, y eso que era su amiga.

Todas sabían lo que entonces diría Diana para defenderse de tal acusación:

– Ya sabes que los diplomas no lo son todo, también hay que valer. Y se puede ser un profesor excelente sin tener el diploma y lo contrario – sentenciaría Diana.

– Basta con este discurso. Ya lo conocemos todos – diría Nuria en un tono decidido, porque era la única capaz de entender las dos posturas.

Mary había sido una excelente estudiante toda su vida. Por eso, que alguien le dijese que un diploma no era válido, le sacaba de sus casillas. Diana, por el contrario, era una experta en empezar algo y dejarlo a medias. Nadie dudaba de su inteligencia, pero ya todas dudaban de que terminase nada. Había dicho tantas veces que quería mejorar en su carrera, pero le bastaban tres meses para dejar todo lo que emprendía. Era la misma actitud de Nuria con respecto a hacer deporte, pero con muchos más gastos de inscripción al comenzar cualquier reconversión profesional en la que no trabajaba más de dos o tres semanas.

– Volviendo al tema de Alejandra, – prosiguió Yasmín –, quizá es simplemente una loca que tiene miedo al cambio, al progreso. Alguien con problemas psicológicos que no es capaz de medir el tiempo y se mantiene en el punto de partida, en el comienzo – sugirió Yasmín, que odiaba todo tipo de victimismos. Para Yasmín cada uno tenía lo que merecía o valía, y nadie estaba en el lugar inapropiado.

– Tienes razón, Yasmín, – dijo Nuria mientras miraba de reojo su teléfono –, somos dueños de

nuestro propio destino, y decidimos y hacemos lo que queremos hacer, que para eso somos ya mayorcitos.

Con esa frase, Nuria estaba de nuevo pensando en su compañero de trabajo, en Pedro. Se sentía arrepentida de no haberle ni tan siquiera besado, porque al menos así podría haber mantenido en su mente su recuerdo por más tiempo y saber a qué sabían sus labios. Habían pasado más de dos semanas y su cara, su voz, se iban desdibujando en el recuerdo. Se dio cuenta de que su calentón iba dejando paso al cariño. Y se dijo que quizá era mejor así, porque hubiese sido mucho más duro deshacerse de su recuerdo una vez que lo hubiera acariciado o besado. Por aquel entonces ya Pedro estaría organizando su nueva vida. Se preguntó si a veces pensaría en ella o ya la habría olvidado por completo. Le entró una tristeza de repente y pensó en su hijo para animarse.

– Él es mi único príncipe azul – se dijo. Los demás siempre serán ranas – se repitió a sí misma en silencio para darse fuerzas.

– O quizá la chica esta, Alejandra, es masoquista y le gusta sufrir. Por eso no busca otras cosas mejores – sentenció con un sorbo la conversación Mary, a la que siempre le gustaba sugerir otras opciones y concluir las conversaciones del grupo.

Capítulo V

Al final, la fiesta que organizaron fue más bien un descontrol. Parecía que la gente a la que habían invitado ni siquiera venía a un cumpleaños, y menos al de Diana. Nadie trajo ningún regalo para su amiga. La mayoría pensaba que era una fiesta de disfraces y acabaron todos en un local alquilado celebrando una especie de carnaval improvisado. Casi todo el mundo iba con trajes tipo Halloween, y les resultaba difícil reconocer las caras. Menos mal que ellas ya habían previsto un fin de semana en Normandía, y cuando Diana miraba a toda esa gente, intentando descifrar quiénes eran y quién los había invitado, le sacaron el regalo para distraerla un poco.

– Allí está Francis, mira, el que está bailando con aquel chico alto – dijo Diana para intentar apartarla de aquellas caras que no conocía.

Alberto vino a la fiesta acompañando a Yasmín, mientras que el marido de Nuria prefirió quedarse en casa con su hijo.

– Soy el único marido entre tus amigas, de verdad que no pinto nada – le dijo a Nuria unos días antes.

Nuria se enfadó al principio y pensó que con su marido ya no hacían nada juntos. Eran unos simples *colocataires*, unos aprovechados inquilinos que compartían casa en una de las ciudades más caras del mundo. Pero al cabo de unos minutos, se acordó de que Corentin, el compañero abogado de Mary, estaba invitado a la fiesta y ya no le pareció tan mala idea el que su marido no fuese.

Pensó en buscar uno de sus vestidos más sexys y aquella noche se maquilló como una puerta, con la esperanza de verse con Corentin y de que la encontrara hermosa. Corentin estaba casado. No podía ser de otra manera. Llegados a los cuarenta, todos los hombres apuestos, inteligentes, cultos, habían sido pescados. Con las mujeres no sucedía lo mismo. Era como si pescar al hombre fuese mucho más fácil. Todos los hombres que merecían la pena permanecían en la superficie del río, mientras que las mujeres se mezclaban y, difícilmente, uno podía saber si quedaban buenos peces en el fondo del río o si los mejores estaban en la superficie esperando.

Pero al llegar a la fiesta, Mary les comentó que Corentin no vendría, pues tenía un compromiso con su mujer y sus hijos y, a última hora, había anulado.

Nuria sintió un bajón de repente, porque le gustaba. Corentin le gustaba. Pero disimuló al

momento delante de su amiga. Una mujer casada no debería decir nada. Sabía que era inaccesible, que, al contrario de Pedro, nunca había insinuado nada que le hiciera pensar que ella a él también le atraía. Pero la manera en que Corentin la trataba y la miraba, el tipo de hombre que era, le hacían soñar con la idea de escaparse juntos tal vez, de olvidar por momentos que ambos tenían una pareja estable, una familia a la que dedicaban todo su tiempo.

Aquella noche Nuria estaba sola. No corría el peligro de fantasear con nadie más y volvería a casa, a arroparse al lado de su marido y de su hijo, agradeciendo el ser una familia unida, como la mayoría. Debía de estar muy contenta de lo que tenía.

Francis fue corriendo y sonriendo, como un adolescente feliz y les dijo al verlas:

– Estamos todas divinas, chicas – proclamó a gritos por el ruido de la música. Gracias a todos por esta maravillosa fiesta.

Nuria fue en busca de una copa de vino tinto. Presentía que iba a ser una noche en la que celebraría volver a casa y poder acurrucarse con los suyos. Se puso a mirar a Yasmín y a su nuevo novio, Alberto. Ambos se estaban besando con una efusividad envidiable, una y otra vez, como si no existiera nadie más en esa fiesta. Habían creado una aureola de pasión a la que nadie podría acceder si no fuera a través de la mirada voyerista, dando rienda suelta a los mecanismos de la pulsión escópica. Y ahí estaba Nuria, como el personaje de Belisa de Lope de Vega, mirando por la ventana y cometiendo el pecado de proyectar sus fantasmas en un cuerpo prohibido, el de Pedro, el de Corentin o el de cualquier otro. Pero esa noche no había hombre a quien desear, Corentin no había venido. Entonces no podía hacer otra cosa que mirarlos a ellos, a estos dos sujetos de la pasión que olvidaban todo lo que pasaba a su alrededor y se veían tan dichosos.

Yasmín rozaba las manos de Alberto con sensualidad, mirándolas como si fuera a chupar cada uno de esos dedos y tener un orgasmo tras lamerlos. Nuria no podía entender que, con semejante hombre a su lado, su amiga solo se fijara en las manos. Un ser con esos bíceps, esos labios carnosos y esos ojos, quedaba, para la mirada de Yasmín, reducido a unas manos bien trazadas, que nada tenían de especial con respecto a las de otros hombres.

Pero es que Yasmín era una fetichista de las manos y su manera de excitarse variaba mucho de la suya. Cuando se conocieron con las chicas, fue lo primero que observó en ellas. Por eso miró con asco las manos de Mary cuando vio sus uñas mordidas y casi inexistentes, sus dedos amarillentos de los cigarrillos que fumaba sin cesar cuando pensaba y repensaba en alguno de sus juicios sin resolver.

– Chica – le dijo –, de verdad que no sé cómo puedes salir a la calle con esas manos.

Aquel comentario les condujo a meses de discusiones con Mary, que dudaba, maldecía y hasta suplicaba que no metieran a Yasmín en el grupo.

– Es una engreída, una vulgar y superficial arrogante – afirmaba.

Era imposible hacerla cambiar de opinión. Como una quinceañera a la que no puedes hacer entrar en razón, su amiga estaba cerrada a toda escucha. Entonces por aquella época, y para evitar más tensiones, Diana y Nuria se veían a escondidas con Yasmín y, acto seguido, iban a visitar a su otra amiga.

Aquello duró lo que podría durar una infidelidad programada, unos meses; hasta que uno de los dos se cansa y decide que no merece la pena correr tanto para tan poco, que es muy difícil planear la logística para que nadie se entere. Tanto para que, al final, lo único que se consiga sea un café mal tomado, dos conversaciones monótonas y una relación escondida para la que no exista un después.

– Que no, que estoy harta, que esto no se puede mantener a largo plazo – gritaba Diana mientras corrían de una punta a otra de la ciudad. Mary odia París y tenemos que quedar con ella en *La Défense*, mientras que Yasmín quiere tomar café en el barrio de Ópera porque es la decoración que acompaña a sus extravagantes vestidos. ¿Y a nosotras, quién cojones nos pregunta? ¿Qué queremos nosotras? – seguía gritando Diana mientras algunos franceses las miraban como a unas extranjeras maleducadas.

Diana podía ser extremadamente vulgar por momentos o tener una clase impoluta en otros. Era su personalidad camaleónica, la que había ido desarrollando a lo largo de los años para ir adaptándose al tipo de novio que le tocaba en aquel momento. Eso hacía de ella una mujer original cuanto menos, un mosaico de culturas, de influencias, pero también a algunos de los hombres con los que estaba los desorientaba por completo. Porque Diana un día te aparecía con un *piercing* en la nariz y, cuatro meses después, tomaba un café con pajita para no mancharse los dientes recién blanqueados. Y entonces te hablaba de marcas y nuevos diseñadores de moda que nadie conocía.

Pero volviendo al tema de Yasmín y de Mary, lo cierto es que eran tan distintas la una de la otra y a su vez tan especiales, que las querían a las dos en su equipo. Era como tener que elegir entre Cortázar y Borges, les resultaba imposible y las necesitaban por igual.

– No creo que Mary vaya a ceder, la conocemos. Es tan orgullosa que sólo accederá a incluirla en el grupo si Yasmín le pide perdón por ese comentario – dijo Diana. Y no creo que Yasmín vaya a disculparse por una sugerencia que para ella misma no tendrá otra lectura que un consejo para mejorar sus manos.

A raíz de esas idas y venidas, del cansancio que suponía llevar a cabo esta historia de infidelidad entre amigas, decidieron ir a hablar con Yasmín. De las dos, era la que más razonable podría parecer, o al menos a la que menos temían por su carácter.

Así fue como por aquel entonces, Yasmín las recibió en su nuevo apartamento del barrio de Montmartre. Era un lugar precioso, con una decoración vintage que quitaba el sentido. Para llegar hasta allí, había que subir el barrio de *Pigalle* y estaban rápidamente en la zona de Montmartre, para Nuria, la más preciosa de la ciudad. Aquella zona que te hacía pensar en todos aquellos artistas surrealistas de otros tiempos, en esos *ateliers* que tenían personajes como Picasso, y en las visitas de otros surrealistas como Hans Dalí, André Breton o Frida Khalo.

Mientras subían la cuesta hacia el apartamento de Montmartre, Nuria se imaginó las fiestas que debían de organizar los surrealistas parisinos. Las exposiciones al aire libre que presentarían en aquellas calles tan bohemias y encantadoras, donde, solo con respirar, uno sentía ya un olor especial a café y a croissants calientes.

Allí Nuria podía casi visualizar a Picasso, el pintor español al que tanto admiraba, porque como hijo adoptivo de los franceses, era muy fácil encontrar en París un lugar donde ver una exposición suya o una performance inspirada en el arte del malagueño. Para Nuria, Picasso habría estado riendo y dibujando en la *Place du Tertre*, mientras compartía un vino tinto con todos sus amigos invitados de aquella época.

A Nuria le fascinaba el surrealismo, era su movimiento artístico favorito. Durante sus primeros años en París, salió durante meses con un joven artista, un chico francés que dibujaba exclusivamente con bolígrafo. Y este le contaba historias de todos los surrealistas, al punto que Nuria empezó a sentir cada vez más curiosidad por ese tipo de artistas. La primera vez que fue a una exposición de Hans Bellmer, aquel artista surrealista polaco que dormía con su muñeca siniestra, sintió miedo. Miró las fotografías de aquel hombre, capaz de imaginar la erótica del deseo con un objeto de plástico y que miraba desafiante a la cámara como un depravado. Pero a medida que leía sobre todos estos artistas, los iba encontrando más fascinantes y transgresores. Entendía que todos ellos tenían una mente peculiar, que sentían de manera diferente a la normalidad.

Pero de repente se entristeció por un momento. Era precisamente en una de aquellas calles donde había conocido a su marido la primera vez. Recordó la noche en que se conocieron, él vino a buscarla en moto y la llevó a un bar escondido entre las calles de la ciudad de la luz. El bar parecía una lavandería, pero entonces Marco abrió una secadora y, al levantar, la tapa había unas escaleras que los llevaban a un pub nocturno de cocktails parisinos. Luego fueron a pasear

por Montmartre. Entraron en otro pub y, al salir, se sentaron en las escaleras del *Sacre-Cœur*, visualizando, en medio de la noche, aquella espléndida ciudad llena de luces y todas esas vistas que eran únicas. Allí surgió su primer beso y desde entonces estaban juntos, doce años después. Sin embargo, nunca habían vuelto a aquel lugar. Ya llevaban tantos años sin compartir nada romántico, que ella misma había olvidado los pocos momentos de intimidad que habían tenido. Intentó esforzarse por recordar uno, pero no lo logró. Entonces le atrajo la voz de su amiga:

– Pero ¿cuánto pagará esta mujer por un apartamento de cincuenta metros en una zona así, por Dios? – sentenció Diana, mientras resoplaba subiendo esas cuestas tan empinadas, pareciendo tener diez años más de los que había cumplido.

– Pues ya se me notan los cuarenta. Es lo que tiene cumplir años – alzó la voz entrecortada – e hizo una mueca entre ironía y dolor mirando al cielo.

Nuria volvió con su mente a la fiesta, donde estaba físicamente. Y donde se había perdido entre recuerdos. Una canción de Camilo Sesto le llevó de nuevo a pensar en su compañero de trabajo, pero también en Corentin. El estribillo decía: “Siempre me voy a enamorar de quien de mí no se enamora, es por eso que mi alma llora... Ya no puedo más, ya no puedo más...Estoy harto de rodar como una noria...”

Entonces pensó que esa canción no le correspondía, ella no estaba enamorada de Pedro, tampoco de Corentin, eran tan solo una ilusión más que alimentaba su insulsa vida. Como tampoco le correspondía estar a esas horas ya en esa fiesta. Quería volver a casa, con su hijo, con su marido, abrazarlos y sentirlos cerca.

Sin despedirse de nadie, cogió su bolso y salió del local sigilosamente.

Capítulo VI

Al día siguiente quedaron las cuatro para comer por la zona de Ópera. Diana había decidido invitarlas a todas a comer al Kiuski, un japonés que a ella le encantaba, pero al que iba poco en los últimos años, porque, según ella, estaba ahorrando todo lo posible, ya que no tenía un marido con quien compartir gastos. Diana siempre estaba ahorrando, había desarrollado la misma aprehensión al gasto que a los hombres. Parecía que cada vez que tocaba gastar, encontrase la excusa perfecta para no sumarse a los planes. Todo lo contrario de Yasmín, a quien sin duda cada euro le quemaba en la mano. Nadie sabía exactamente a qué se dedicaba Yasmín, sabían que era comercial en una empresa farmacéutica, pero por la cantidad que gastaba, hubieran pensado que era una cirujana o una diplomática cuanto menos.

Yasmín iba siempre vestida con ropa de Gucci, de Chanel y Louis Vuitton y con otras grandes marcas que quedaban muy bien en un lugar tan lujoso como era París. Siempre que aparecían en su casa les sacaba una copa de champán francés, como si en su casa este tipo de bebidas abundaran como el agua del grifo.

– Chicas, – les decía con el tono de voz de una madre que intenta educar a sus hijos desde pequeños – la vida hay que vivirla a lo grande, que uno no sabe cuándo va a cruzar el charco al otro mundo y quedarse sin nada.

Diana la miraba afirmando, a la vez que cerraba los ojos y parecía que recontaba los euros que tenía en su cuenta y sonreía aliviada.

Después del cumpleaños, todas parecían querer cotillear lo que había estado pasando aquella noche. En el caso de Yasmín, era evidente que el final fue muy parecido al de Nuria, en el sentido en que se debió de ir tan solo unos minutos más tarde que ella, cuando sus ojos empezaron a devorar las manos de Alberto.

Yasmín era una fetichista de las manos, una mujer que sentía un deseo terrible cuando ciertas manos, que ella definía con palmas bien cuadradas y con uñas gruesas, se le ponían ante la mirada. Su fascinación por las manos le llevaba a observarlas antes que cualquier otro rasgo del cuerpo. Y es ahí donde quedaba la anécdota con las manos de Mary y el por qué Yasmín se paró a hacer ese comentario tan atrevido nada más conocerla.

Para Mary todo lo que no era racional, no era muy entendible. Y fue precisamente el ámbito menos explorado para ella el que le presentó Yasmín, por eso pareció conformarse con la

explicación de su deseo. Yasmín miraba las manos de cualquiera de ellas de la misma manera con la que un experto mira un proyecto y te hace un seguimiento para mejorarlo.

– Anoche las manos de Alberto, tras dos copas de champán, parecían todavía más hermosas de lo que ya son. Estuve a punto de correrme mientras me cogía de la cintura – dijo Yasmín sonriendo.

No eran especialmente las manos de Alberto lo que a Nuria y sus amigas les había impresionado más de este hombre, sino más bien cómo le marcaban aquellos pantalones sus partes íntimas.

– Nosotras no nos habíamos fijado en eso. Somos más irracionales – dijo Mary, soltando una carcajada que les hizo a todas pensar en aquellos pantalones y en cómo le quedaban a Alberto.

Mary había estado organizando la fiesta prácticamente sola. Fue ella la que hizo los pedidos de comida, la que decoró todas las mesas con tulipanes amarillos, las flores preferidas de Diana. Y la que terminó por echar a todo el mundo fuera a las cuatro de la madrugada, cuando ya no le quedaban fuerzas ni para estar sentada.

En casa solo le esperaba su gata negra, Roma, con la que mantenía una estrecha relación. El único ser con el que ella era capaz de estar más de una semana sin discutir, y que era lo suficientemente independiente como para no ser un lastre más en todos sus quehaceres y compromisos profesionales. Porque Mary, aquella noche, como muchas otras, no conoció a ningún hombre interesante. Parecía como si tuviera ya un escáner incorporado para repeler a aquellos hombres que no entraban en sus requisitos, y para ellos parecía funcionar igual. Ahora, cuando quería solo sexo, elegía a un hombre guapo y a menudo poco inteligente, con el que no tuviera que conversar mucho y corriese riesgo de pillarse. Solo lo utilizaba para dar rienda suelta a sus deseos más salvajes, porque a Mary sólo un hombre despierto podía hacerle perder la cabeza. Era su punto débil charlar con hombres curiosos, aquellos que sabían debatir sobre cualquier tema y que eran flexibles a la hora de vivir y concebir el mundo.

Su última conquista había sido el becario de su empresa, un joven de veintitrés años, bastante tímido, pero con un físico muy bien cuidado. Mary no pensaba jamás acostarse con nadie del trabajo, para ella era una regla de oro que seguía desde hace veinte años. Pero, cuando supo que este estudiante de alternancia de una escuela de comercio parisina terminaba su año de prácticas en su gabinete y cambiaba de ciudad, escaneó otro código muy diferente al que había estado procesando durante los meses anteriores para ni siquiera percibirlo. Lo miró y le pareció todavía más apetecible, incluso más alto, más musculoso, más guapo.

– Señorita Mary, la semana que viene concluye mi trabajo aquí. Ha sido un gran placer trabajar y aprender de usted todos estos meses – dijo el joven con una voz melodiosa y poco trabajada, una

voz aguda y poco cascada.

Ahora que lo miraba con calma, el becario le pareció al actor de Thor, ese intérprete australiano que estaba casado con Elsa Pataky. Era tan guapo que, durante meses, había evitado mirarlo y le había salido todo muy bien. Ni siquiera notaba su presencia en la empresa. Para Mary, mirar al becario era zona de peligro, una dirección prohibida de la que sólo podría salir mal parada. Porque, por un lado, era demasiado, demasiado guapo para fijarse en una cuarentona intelectual a la que ya le asomaban las patas de gallo y, por otro, era una persona con la que no se habría acostado jamás, porque eso hubiera significado infringir la norma más importante que conocía: el trabajo y la excitación, no te dejan nunca en buena posición. Y todas sabíamos que Mary era perfecta, que no dejaría pasar ni un solo desliz que no estuviese ya calculado para ser franqueado.

Pero el chico prosiguió:

– Me gustaría invitarle a una copa después del trabajo, el viernes, para agradecerle todo lo que me ha enseñado durante estos meses – dijo tímidamente.

A Mary en este momento le hubiera gustado responder de la misma manera que hacían los jefes de otras épocas, con una frase típica del manual del viejo verde. Una proposición que ella en sus primeros años como empleada, por desgracia, ya había escuchado en más de una ocasión:

– Todavía tengo mucho más que enseñarte – pensó. Pero era una mujer respetuosa, a pesar de sus instintos. Lo único que logró decir fue un “gracias” que sonó un poco dubitativo, puesto que no acertaba a saber si era una buena idea el verse con el becario fuera de la oficina. ¿Qué iban a pensar sus socios si alguno de ellos los viera? – se preguntó.

Pero le apetecía. Le apetecía y mucho. No tenía un marido a quien rendir cuentas, solo un gato que esperaba su llegada a casa para que le abriese una lata de sardinas. Tampoco un jefe, la jefa era ella, y ni siquiera un código del trabajador que respetar, puesto que, el único empleado que tenía a su cargo se despedía de ella invitándole a una copa. Una copa que se alargó hasta la mañana siguiente, y que hizo que Mary se sintiese de buen humor durante toda la semana.

Capítulo VII

Había pasado una semana desde la fiesta de cumpleaños de Diana. Nuria tomó unos meses sabáticos. Había pedido el resto del año en el trabajo porque no habían tenido derecho a una guardería pública y, en el momento de dejar a su hijo con una niñera, había decidido que podría ella misma ocuparse de su retoño los siguientes meses. En Francia una madre tenía el derecho de pedir incluso tres años si lo necesitaba para quedarse al cuidado de su hijo sin remuneración por parte de la empresa. Lo que parecía es que su hijo Leo nunca tendría una guardería, porque, al recibir la lista de espera, Leo estaba en el puesto dos mil quinientos. Eso significaba que había dos mil quinientas familias delante de Nuria para conseguir el puesto.

– Pues me parece a mí que es más fácil ganar la lotería que tener una guardería – dijo su marido con ese aire de chistoso que le caracterizaba.

Con Marco, acordaron que el esfuerzo económico valía la pena. Nuria se quedaría entonces a cargo de su hijo hasta el final del primer año. Esto crearía unos vínculos mucho más infranqueables con su madre si pasaban unos meses juntos. Y es que Nuria había leído todo tipo de libros de la buena crianza durante esos meses. Y, aunque en el fondo no le apetecía para nada pasar tiempo a solas con esa criatura que ni siquiera hablaba, que lo único que sabía era gritar y llorar sin parar a todas horas, se convenció de que, de nuevo, estaba haciendo lo correcto para el futuro de Leo.

Por aquel entonces, Nuria estaba leyendo un libro que se titulaba, “La madre que te gustaría ser” y que, básicamente, pretendía enseñar a los padres a educar siempre en el respeto, la comprensión, la tolerancia. Pero que, al mismo tiempo, pensasen en que ser madres no significaba ser mujer, que la mamá debía tener tiempo para vivir y pensar en hacer cosas que no estuviesen exclusivamente dedicadas al hecho de convertirse en madres.

– Si el niño no quiere comer, – decía la autora del libro –, no se preocupe usted, ya comerá, no lo fuerce, no se va a morir de hambre. Si no quiere dormir, déjelo llorar, ya se cansará de hacerlo. Si llora es porque lo necesita.

– Pues nada, – manifestó Nuria hablándose a sí misma –, si no quiere ni probar la papilla que he tardado cuarenta minutos en hacer, que no se la coma.

Empezaba a estar cansada y arrepentida de haber pedido esos meses en el trabajo, cada día se le hacía eterno. No sabía si quería a ese bebé lo suficiente como para tenerlo pegado

veinticuatro horas durante los próximos veinte años. Se agobió al pensar que a lo mejor no podría ir al baño con tranquilidad durante los próximos tres años, y decidió salir a fumar un cigarrillo al jardín mientras Leo parecía por fin haberse dormido por unos minutos en el carrito. Y es que su bebé era muy nervioso, lloraba sin parar si no lo tenían en brazos, y el único momento en el que estaba tranquilo era cuando se dormía entre quince o veinte minutos después de intentarlo durante horas. Y entonces, durante esos minutos de silencio, Nuria corría sin parar a preparar comida, limpiar, organizar la casa... Pero aquel día se dijo que no, que seguiría las instrucciones del libro, y que ese tiempo sería para recuperar un vicio perdido: fumar un cigarrillo y poder consultar sus mensajes con tranquilidad.

Habían pasado ocho meses desde el nacimiento de Leo y a Nuria le parecía que esos ocho meses habían sido años. No estimaba un gran apego a su bebé y eso le hacía sentir culpable. Lo veía como un compromiso más para estar con su marido. Un obstáculo para ser completamente feliz. Ese niño se le quedaba grande, no sabía cómo tratarlo y no percibía aquello que le habían dicho que sentiría, ese instinto maternal del que todos hablaban antes de ser madre. No tenía familia en París que le pudiera echar una mano con la crianza, y sentía que siempre elegía los caminos más difíciles, como si tuviera la necesidad de sufrir en cada etapa de su vida.

Volvió a pensar en Pedro. Él tenía tres hijos, pero ya eran un poco más mayores e iban a la escuela. Supuso que eso explicaba que estuviera tan relajado, o quizá lo llevaba mejor por ser hombre. Nuria tenía ganas de mandarle un mensaje para saber de él, pero pensó que estaría con su familia ya instalado, que no tendría mucho que contarle, puesto que estos meses en los que había dejado de trabajar, ella hacía siempre lo mismo. Si Pedro preguntase qué tal le iba, le diría que pasaba los días con el niño, que era algo muy cansado, que no podía más... Pedro era bastante tajante en ese aspecto y, cuando Nuria se quejaba más de la cuenta, le sacaba una serie de argumentos que la confrontaban a sí misma y a su queja por cosas tan banales. Él era un hombre muy audaz y, como tal, se adaptaba fácilmente a los cambios y sabía salir airoso de la mayoría de ellos. Era un hombre decidido y atento al mismo tiempo, además de muy pícaro y morboso, por eso le gustaba tanto.

Nuria suspiró de nuevo. No sabía si lo estaba idealizando más con su ausencia y si iba reconstruyendo poco a poco una imagen que ella misma se había ido formando con su recuerdo. Pero pensó que eso era un poco la labor del deseo. Lo decía su profesor de filosofía en sus años de instituto: deseo no consumado es deseo que no se aparta jamás. El deseo, cuando se lleva a cabo, deja de ser deseo y se convierte en realización, entonces pierde todo interés y termina el fantasma.

Nuria se preguntaba si no era eso precisamente lo que les pasaba a todos los matrimonios

al cabo de varios años de convivencia. Si, aunque el amor fuera fuerte, el deseo ya nunca retornaría para la mayoría de ellos. Después de haber visto una episiotomía, ¿un marido podría seguir sintiendo deseo por una mujer abierta, desangrada y llena de almorranas tras un parto? Le dio asco sólo de pensar en el parto y se levantó a ver a su hijo que, ya había despertado de su profundo sueño de casi diez minutos.

Cuando Marco llegó a casa, la encontró de mal humor, entre indignada y cansada, con ganas de llorar, de discutir otra vez. Eran las hormonas – se dijo Nuria para darse fuerza.

Si tan mal estás vuelve al trabajo, de verdad. ¡qué pesadez! Todos los días lo mismo, qué más quieres que te diga. La decisión es tuya – argumentó Marco para evitar recomenzar de nuevo con una discusión que entraba en bucle y que solo versaba sobre cómo ella se sentía en esos momentos tras dar a luz.

Las palabras de Marco le causaban más impotencia aún, porque se decía que al final todo lo delegaba en ella misma. Cualquier decisión, cualquier estado de ánimo le hacían sentir sola.

Volvió a pensar en la maternidad, en el tabú que era todavía ser madre y, sobre todo, el poder quejarse a gusto, cuestionarse que tener hijos no era tan fácil y bonito como le habían hecho creer las madres anteriores. Estas habrían sufrido igual o más, pero no podían tener la honestidad de poner en entredicho que muchas cosas, tras ser madres, también se pierden. Pero en este sentido, todo era igual que con el deseo, parecía que una mujer tendría que habituarse a refrenar sus deseos. Porque una madre es alguien que tiene que dar ejemplo – se dijo Nuria. Aunque para Marco era distinto. Nadie lo criticaba, nadie ponía en tela de juicio su labor de padre. Él era un ser distinto a la paternidad, pero Nuria sentía como que había dejado de ser mujer para ser madre. Percibía como que todas sus expectativas personales y profesionales se hubiesen esfumado tras cortar ese cordón umbilical. Ese gesto que, más que separarlo de su hijo, lo que hacía es celebrar su apego, su prolongación a otro cuerpo que no era el suyo: desde ese preciso momento, fuera donde fuera, estuviera donde estuviese, en letras grandes en su frente se podía leer: “Soy madre”.

No le apetecía discutir más aquel día, así que le dio la razón a Marco y le comentó que esa noche iba a salir con las chicas, era viernes y no se había ausentado ninguna noche desde que nació Leo, exceptuando la noche del cumpleaños de Diana.

Marco respondió con un: “Ok, haz lo que quieras”, que era una forma elegante de decir, “¿Pero dónde narices vas a estas horas, mujer?”

Nuria se arregló, se puso un vestido corto y unos tacones. Le dio un beso a su hijo y salió a pillar el metro.

Capítulo VIII

Habían quedado en Bastille y fueron al *Wildout*, aquel pub irlandés situado en la calle de Lappe que ponía cervezas baratas.

Nuria seguía pensando en la disputa con su marido. Parecía que cuando se trataba de hablar de la maternidad, una mujer no podía ser sincera con nadie, ni siquiera con una misma.

– Parece que tengo que contar, cada vez que vuelve Marco del trabajo, que mi día con Leo ha sido maravilloso y que estoy agradecida a la vida por ser madre. En cuanto empiezo a decir que hay cosas que se me hacen difíciles, que no estoy realmente feliz en estos momentos, me mira como si hubiera matado a alguien – aseguró Nuria a sus amigas.

– Querida, ya sabes que la maternidad está idealizada. Que, en esta sociedad, si una no tiene hijos, la miran como si le faltara un brazo – dijo Yasmín.

– Sí, es cierto. Nos han comido la cabeza con toda esa falacia del instinto maternal, al punto de que, si no tienes hijos, acabas comprando un gato, un perro, lo que sea, al que llamas bebé y mimas de manera exagerada, para sentirte bien contigo misma – afirmó Mary.

Mary también se había comprado ese gato tras largos tratamientos de fertilidad con su exmarido. Ella nunca hablaba de ese tema, como si los intentos fallidos de maternidad no se hubiesen nunca efectuado. Durante los años que Mary y Jean Paul estuvieron casados, todas pensaron que su amiga Mary no quería tener hijos. Que ambos estaban tan preocupados por sus respectivas carreras, que un hijo lo único que haría en esos momentos era entorpecerles el camino. Pero como todos sabemos, las apariencias a menudo son engañosas. Resultó que Mary tenía muchas ganas de ser madre. Lo supieron una tarde de casualidad, cuando Nuria se la encontró llorando en un parque, y entonces Mary tuvo que contarle que llevaba años haciendo tratamientos para la fertilidad, pero que no había resultados y que, con Jean Paul, habían decidido parar.

No poder tener hijos también era un tema tabú en esta sociedad y, a menudo, las mujeres que no podían tenerlos evitaban contar eso a su entorno, como si se tratase de un pecado.

– Una mujer que no puede tener hijos es una mujer castrada, incompleta – empezó a decir Mary a su amiga mientras esta le ofrecía un pañuelo y la miraba con lástima.

Mary parecía avergonzada de contar eso, era como si sintiese que su amiga estaba destapando una imperfección en quien parecía ante el mundo una mujer perfecta. Nuria se dijo

que, al final, todos tenían sus problemas y que nadie podía juzgar y dar por sentado la vida de nadie. Pero así fue cómo supieron que Mary había tenido más de diez tratamientos de fertilidad fallidos, que todos sus ahorros de aquel entonces los había invertido en ese bebé que nunca vino. Ahora, con los años, tras un divorcio que quizá también se precipitó por estos problemas de infertilidad, Mary se sentía liberada. Había aprendido a vivir con la frustración y eso le había hecho mejor persona. Desde entonces, Mary siempre les decía que las únicas veces que había obtenido lecciones verdaderas de su existencia, que había cambiado o evolucionado en la vida, era cuando había tocado fondo. El agotamiento emocional le había llevado a condiciones extremas que ella había sabido utilizar para mejorar y remontar con fuerzas. Es ahí donde Nuria pensó que se podía distinguir a una persona inteligente de la que no lo era, porque la persona inteligente sabía sacar partido hasta de sus peores batallas.

– Yo nunca quise tener hijos, creo que mi condición biológica me liberó. Odio tener que ocuparme de alguien que no sea de mí misma – prosiguió Yasmín. Llamadme egoísta o como queráis vosotras, pero nunca me he visto gastando parte de mi sueldo en un ser minúsculo que caga y mea por todas partes.

– En realidad – prosiguió Mary –, el mito de la maternidad no es más que una convención social, una necesidad de los gobiernos para mantener a raya la natalidad. Por eso deciden insistir en la incompletud de la mujer si no usas tu cuerpo para procrear, porque temen que una mujer se apropie de su propio cuerpo y entonces no puedan tener ninguna decisión sobre nosotras.

Diana no hablaba, escuchaba atenta, pero no decía nada. Todas sabían que a ella le encantaban los niños, que hubiera querido tener dos, tres, incluso cuatro. Pero que ya se andaba resignando a no ser madre. Todas le habían aconsejado que tuviera un hijo como madre soltera, por inseminación artificial y por fecundación in vitro.

De hecho, antes de nacer Leo, Nuria había estado intentando convencerla en vano. Incluso le había enseñado varias páginas de clínicas en España. Nuria necesitaba una aliada para recorrer el camino de la maternidad y Diana era la candidata ideal. Vivían cerca y tendrían horarios parecidos, celebrarían los cumpleaños juntas, llorarían juntas y maldecirían ser madres en los momentos en que estuvieran cansadas, extenuadas de su labor de madre. Hizo todo para intentar convencer a su amiga: no estaría sola, ellas la ayudarían con el niño, tendría otro “primito” con quien jugar.

Pero para Diana, la maternidad en solitario era impensable y su tendencia a pensar en el aspecto económico de lo que le supondría con su sueldo de *vacataire* mantener a un hijo en

París, la llevaba siempre a negarse en seco. Era más fuerte que su propio instinto.

– ¡Ay, chica! – le dijo Yasmín, que ya sabía que una de las prioridades de su amiga para no decidirse era el dinero. ¿Pero no sabes tú que el gobierno francés da muchas ayudas para los que no tienen y exprime a la clase media? En el momento en que tengas un hijo como madre soltera, tendrás las puertas abiertas al paraíso: un alojamiento social, no pagarás impuestos y tendrás múltiples ayudas– explicaba Yasmín, que hablaba ya con el retintín de los ricos, como si fuera propietaria de su piso de Montmartre.

Ahora que Diana había pasado los cuarenta, tendría la posibilidad de hacer un tratamiento de fertilidad gratuito, al menos en España. Pero ya Nuria, tras su experiencia de maternidad, no se atrevía a persuadir más a su amiga. Sentía que la traicionaría si le contase todo aquello que a ella le habían estado diciendo de lo que sería ser madre y que al final no había sido. Ella no se consideraba más completa siendo madre, se sentía agotada, engañada por la sociedad e incomprendida por un marido que pensaba que él también estaba haciendo todo al cincuenta por ciento, porque ya hacía mucho más que las generaciones de hombres pasadas y por eso Nuria tenía que aplaudir su empeño.

Empezó a pensar en los días del hospital, cuando las enfermeras mayores le decían a su marido que se fuese a casa a descansar, que el parto había sido muy largo. Nuria las miraba con cara de traicioneras, porque era ella la que se había desangrado, la que tenía unas almorranas que parecían pelotas de billar, la que había empujado por cuarenta y ocho horas sin descanso. Pero ellas se preocuparon por Marco, porque él estaba haciendo el esfuerzo de seguir allí, mientras que Nuria solo cumplía con su obligación. Entonces, ¿por qué iban a cuidarla a ella si estaba allí por el mero deber de ser madre?

En ese momento se alegró de que su hijo fuera varón. No era feminista, pero sabía que para un hombre todo sería más fácil, incluso en los tiempos que corren. Su suegra seguramente lo adoraría. La sociedad celebraría cualquier gesto que hiciera como padre, porque lo suyo sería un acto de generosidad y, si fuera hija, quedaría atrapada en una condición, la de ser madre.

Nuria pensó en su propia madre y en cuantas veces esta le había dicho lo excelente padre que era Marco, porque cambiaba pañales y bañaba al bebé. La odiaba. Detestaba su hipocresía cada vez que venía a verlos. Cómo trataba a su marido y cómo la trataba a ella en consecuencia. Cada cosa que su marido hacía, ella lo resaltaba como un logro, mientras que jamás valoró nada de lo que hacía su hija. Si su hija le contaba lo difícil que fueron sus comienzos en otro país, que incluso estuvo viviendo en un antro de diez metros durante años hasta tener los medios suficientes para alquilar algo decente, ella le respondía:

– Esa fue tu elección, te fuiste porque quisiste, así que tan mal no estarías o, si no, haberte vuelto
– le contestaba fríamente.

Nuria esperaba otras palabras que jamás saldrían de la boca de su madre. Ya la conocía lo suficiente, eran treinta y ocho años, como para saber que esas palabras nunca vendrían. No hubo nunca un momento de agradecimiento o de orgullo. Y eso lo sintió Nuria en su infancia y adolescencia, al punto en que se preguntaba si no fue la actitud de su propia madre una de las razones que le llevaron a escaparse al país vecino, como para no sentir de cerca esas cosas que tanto le dolían.

Ahora la madre sería ella y podría educar a su hijo en la confianza y el cariño que nunca tuvo. En ese sentido, su hijo crecería feliz, al lado de una madre imperfecta pero que lo haría sentir único y especial.

Nuria decidió apartarse un momento de esa nueva condición de la que por momentos se arrepentía, para volver en cuerpo y alma al pub donde estaban bailando con tanto ímpetu sus amigas.

Un joven se le acercó mientras iba a pedir una cerveza. Debía tener unos veintiséis o veintisiete años.

El chico la saludó en francés y le empezó a dar conversación. La pregunta fácil fue la de la nacionalidad. Nuria tenía un fuerte acento español, además de un físico típicamente latino. París estaba repleto de nacionalidades y lo más difícil era encontrarse con un parisino. El joven resultó ser portugués y empezó a preguntarle qué hacía, a qué se dedicaba y, tras varios minutos, llegó la pregunta que más podría incomodar a una mujer después de los treinta:

– ¿Y qué edad tienes? – le preguntó el joven inocentemente. Por la manera en que preguntaba, Nuria intuyó que le daría la misma edad que él tenía, a lo sumo un par de años más.

Sabía que, si le respondía que tenía treinta y muchos, todo el encanto con que el joven la miraba se esfumaría rápidamente, y tardaría un par de horas en hacerle cambiar de opinión. Y aunque no le había gustado como para tener algo con él, le apetecía sentir como un chico mono y más joven, la miraba con ojos de deseo.

– Pues unos cuantos más que tú–respondió ella mirando al suelo. No te lo voy a decir, una mujer no dice la edad– afirmó Nuria rotundamente.

El joven la miró de arriba abajo e hizo una mueca dubitativa, como aquel que no sabe si le están bromeando o diciendo la verdad. Pero al momento la miró de nuevo. Se notaba que le había gustado. Y entonces, como si hubiera sufrido un lapsus acerca del momento anterior, se

concentró en mirar el cuerpo de Nuria sonriendo, con una mirada que la desnudó por completo. Al cabo de un rato, le dijo a Nuria que se iba con sus amigos, que estarían en una tienda de enfrente de la que su amigo era el dueño, que pasara con sus amigas luego si quería.

Las amigas bebieron un par de cervezas más, hasta que Mary les recordó que se hacía tarde y que al día siguiente le esperaba un día de reformas en casa. Mary era una especie de Mary Poppins para la vida, se preguntaban si sus padres no le habían puesto ese nombre precisamente por eso, porque sabían que con su magia conseguía hacerlo todo, y además lo hacía super bien. Les daba la impresión de que era capaz de sacar de un día cuarenta y ocho horas, cuando la mayoría de la gente no aprovechaba más de diez. Les cortó el rollo, pero les pareció a todas que llevaba razón, que había que volver a casa.

Al salir del pub, Nuria les pidió a las chicas unos minutos para ir a ver al joven portugués que estaba en la tienda de enfrente. Les pareció raro que estuvieran allí, en una tienda cerrada a esas horas de la noche, pero no lo pensaron mucho más. Nuria iba a despedirse y se irían a casa.

Cuando alguien abrió la puerta, Nuria sintió que eso era una especie de club clandestino, todo estaba oscuro y la chica que les abrió estaba medio vestida y parecía sorprendida por su visita.

Esperaron unos minutos sin entrar y salió el chico portugués, como muy acalorado, apresurado, con la bragueta semiabierta, y le dio su teléfono a Nuria.

– Llámame uno de estos días y nos tomamos un café juntos, si te parece – le dijo con seguridad y muy sonriente. Como si a pesar de esa situación extraña en la que se encontraban, frente a una tienda de ropa vintage, donde algunas personas parecían intimar, fuera un chico de lo más normal.

– Vale, te escribiré – le contestó Nuria.

Al darse la vuelta, Yasmín le susurró:

– Chica, eso es un lugar de orgías. Ya te dije que París encerraba muchos secretos y que a veces las personas que parecen más convencionales luego resultan ser las más peculiares.

Nuria asintió. Aquel chico había sido educado, amable, caballeroso con ella. Y, sin embargo, dos minutos más tarde, estaría comiéndose la boca con varias otras chicas, como aquel que va al teatro a ver una obra nueva y decide quedarse a ver la cartelera entera.

– Ya hemos visto demasiado por hoy – dijo Nuria. Volvamos a casa.

Y las cuatro se fueron en metro. Llegaron a Châtelet juntas, pero ninguna habló durante el

trayecto. Cada una estaba metida en sus pensamientos y, además, estaban cansadas. Se separaron con un beso y se fueron en búsqueda de sus respectivas líneas de metro.

Capítulo IX

Mary tenía la cita con el becario. El becario tenía un nombre, se llamaba Noah, lo supieron con el tiempo.

La noche en que quedaron, Mary se vistió sexy como una adolescente y se maquilló como hacía años que no la hacía. Estaba realmente guapa. Acostumbradas a verla con sus enormes gafas, cuando pasó a saludarlas antes de su cita, la miraron con sorpresa, como aquel chico que redescubre a su novia el día de la boda y la encuentra verdaderamente bella. Hacía tantos años que no la veían así, que ya habían olvidado que, detrás de toda esa inteligencia, también había una cara y un cuerpo preciosos. Y es que parecía como si, cuando lo dejó con Jean Paul, se despidiese al mismo tiempo de su condición de mujer. El mismo día en que se separaron, se colocó una bata horrible y unos zapatos viejos y, durante semanas, les acogió en su casa con tales atuendos.

A Nuria esta dejadez, le pareció como una especie de rebelión en contra de la mujer objeto. Pero después de dos años y viéndola siempre vestida con aquellas pintas, empezó a preguntarse si de verdad su amiga no estaba también un poco deprimida o algo por el estilo. Si no estaría haciéndose la fuerte y su divorcio con Jean Paul le había afectado más de lo que se imaginaban. Pero, por otro lado, Jean Paul y Mary parecían seguir siendo grandes amigos. A veces quedaban para ir a ver una exposición o incluso se habían ido de viaje juntos. A ellas les parecía que volverían a enamorarse algún día, porque hacían una buena pareja y porque nunca comprendieron cuál fue la causa de la ruptura. No hubo cuernos, no hubo disputas, simplemente una mañana Mary las citó y les contó que, de mutuo acuerdo, habían decidido poner punto final a la relación.

Nuria se puso a pensar en qué pasaría si un día su relación se acabase, cuál sería la reacción de Marco y la suya misma. Gritarían, tirarían platos al suelo, los vecinos pensarían que estaban aún más locos y acabarían quizá llamando a la policía.

Pero Mary era siempre tan correcta, tan educada. A lo mejor era precisamente por una cuestión de respeto, pero nunca traspasaba la línea de las emociones. Y eso a Nuria le provocaba una especie de admiración, a la vez que le molestaba. Esto le hacía ver que su pronto y su carácter no tenían por qué ser tan normales como ella acostumbraba a pensar, ni tampoco culturales, y que debería corregirlos.

Pensó en Pedro y en las charlas de la oficina, cuando este le decía:

– La gente que comenta que es así o asá y que no puede cambiar, simplemente no quieren hacerlo. Todo el mundo puede cambiar si quiere y, de hecho, hay que formatearse para poder sobrevivir en esta sociedad.

Porque el carácter de Nuria era conocido en la oficina. Su mezcla de espontaneidad, el ser así de directa, no le habían siempre dado buenos resultados, y Pedro empezaba a conocerla mejor. Él era un hombre que parecía tener la templanza de no decir nada inoportuno, pero al mismo tiempo parecía ser un poco más honesto con ella que la mayoría de sus compañeros.

– Os apuesto cincuenta euros a que vuelven antes de un año – dijo Yasmín pensando en la relación de Mary y Jean Paul.

Pero aquel año pasó y no, ellos no volvieron. Empezaron a creer que la amistad entre hombre y mujer podía existir, hasta que Yasmín volvió a alertarlas:

– Chicas, ¿no habéis visto la película del Pagafantas? Ese chico que está enamorado de la amiga, pero que no, que ella no. Pues uno de ellos dos, es el pagafantas o la pagafantas de la relación. Es decir que uno sigue obsesionado con el otro y el otro pasa del tema.

– El pagafantas debe ser Jean Paul – comentó Diana. Porque ningún hombre hace nada de manera desinteresada – afirmó rotunda.

El odio de Diana hacia los hombres iba in crescendo conforme los años pasaban, al punto que Nuria pensó que, si con cincuenta años no encontraba un hombre serio, seguramente su amiga terminaría por hacerse lesbiana.

Mary, por su parte, no parecía querer retomarlo con Jean Paul, y se le veía mucho más entusiasmada ante la idea de ir a tomar una copa con el becario. Aquella semana había dormido poco, imaginaba las escenas de aquel viernes por la noche. Quizá el joven hombre le hablaría, le invitaría a una copa y, al cabo de una hora más o menos, se iría apresurado a ver a su novia, una chica joven que la esperaría en un pub cercano con sus amigos. Mary se dijo que era mejor no hacerse ideas, porque ni ella ni el joven se habían demostrado nunca ningún gesto que fuese más allá de lo estrictamente profesional. No había miradas de deseo ni conversaciones interesantes, *niente*.

+++++

Cuando llegó al bar, Noah le estaba esperando. Al verla entrar, se levantó a darle dos besos y le ofreció sentarse. Cuando se acercó, olía tan bien que Mary no pudo evitar respirar profundamente y Noah se dio cuenta de que había intentado olisquearle el cuello. Noah vestía tan bien, entre casual y elegante. Llevaba una cazadora marrón y unos pantalones que le hacían, si aquello era posible, mejor tipo. Noah era sin duda el prototipo de Mary, alto y musculoso, aunque ella, hasta ahora, siempre se había focalizado más en el intelecto de los hombres.

Pensó que al sentarse a beber algo con aquel chico tan joven, seguramente se terminaría aburriendo, no tendrían nada que decirse el uno al otro, ninguna experiencia que compartir.

Pero aquella noche el becario estaba siendo muy divertido. Mary lo miraba como entre alucinada y extasiada. Le pareció que los jóvenes de ahora eran mucho más complejos de lo que se esperaba, que conocían cualquier tema y que hablaban con mucha naturalidad y eso le gustó mucho en Noah.

En un momento de la conversación, Noah quiso saber si estaba casada, si tenía hijos. Mary le contestó que nada de eso, y él esbozó una sonrisa, parecía contento con la respuesta. Habían pasado tres horas desde que se sentaron en aquel bar y a Mary le habían sabido a poco. Aunque era mayor que él, sintió vergüenza de pedirle que le acompañara a casa, a pesar de que ya empezaba a imaginarlo desnudo en su cabeza mientras la besaba con ese olor tan dulce que su cuerpo desprendía.

Entonces Noah dijo:

– Se hace tarde, ¿no crees? Te invitaría a mi casa, pero vivo con un compañero de piso, no creo que quieras venir, pero si te apetece, estás invitada. Podemos seguir charlando allí y, más tarde, si quieres, te puedo acompañar en moto a casa.

Mary estuvo a punto de ser cordial, de dar las gracias por la invitación y declinarla para otro momento, algo que acostumbraba a hacer con sus relaciones diarias. Pero sus hormonas no la dejaban pensar con claridad. Llevaba más de ocho meses sin relaciones y estaban en verano. Durante la noche lo había estado observando sin parar y solo con notar sus bíceps marcados en aquella camisa, había sentido cómo subía su temperatura corporal y se le endurecían los pezones.

– Vale, me parece buena idea. Empieza a hacerse tarde y pronto cerrarán aquí—concluyó Mary, que rápidamente cogió el bolso y se levantó de la silla para que ninguno de los dos pudiera arrepentirse.

Mientras iban en moto, Mary lo abrazó con fuerza. Pensó que a veces era difícil para una mujer distinguir entre el deseo y el sentimiento. Porque, al agarrarse a Noah para no caerse de

esa moto, sintió ternura, a la vez que deseaba con fuerza que este le hiciese el amor toda la noche. Se sintió joven, como si tuviera diez años menos. Aquel chico había sabido hacerla rejuvenecer con solo unas horas juntos.

Cuando llegaron a casa de Noah, su compañero no estaba.

– Seguramente tardará en venir. Deberíamos aprovechar ahora – dijo Noah, seguro y decidido.

Aquello excitó aún más a Mary, que se lanzó a besarle. Noah la levantó y la puso en el poyete de la cocina, la excitó durante un buen rato antes de empezar el acto. Mary no recordaba que se pudieran hacer tantas cosas antes de hacer el amor. Estuvieron así más de dos horas. Cuando terminaron, Noah le sugirió que durmieran juntos, era tarde, pero la acompañaría temprano al día siguiente. Mary asintió sin hablar. Estaba pletórica. Se abrazaron para dormir y Noah le acarició el pelo unos minutos antes de quedarse profundamente dormido. Olía tan bien que Mary volvió a respirar fuerte para no desprenderse de su perfume. Pensó en su exmarido y en sus cortejos para hacer el amor. Y miró a aquel joven dormir como un niño, con la belleza de alguien que tiene todavía mucho por vivir y por experimentar. La imagen de Jean Paul le vino a la cabeza, quizá porque era el último hombre con el que había dormido. Siempre que hacía el amor con otras personas después del divorcio, o se iba ella o se iban ellos después del acto, dependiendo de dónde estuvieran. Las comparaciones son odiosas – se dijo Mary. Cerró los ojos para dormir y sintió una sensación de felicidad muy semejante a la que experimentaba cuando era niña y esperaba el día de los Reyes Magos. Era la misma impresión de bienestar y de emoción que le suscitaba el pensar en aquellos regalos que había estado esperando durante meses. Se quedó dormida con una gran sonrisa.

Capítulo X

Diana estaba mal. Llevaba más de dos semanas encerrada en casa. Eran las vacaciones escolares y ella no trabajaba. Les respondía al teléfono con monosílabos, con desgana. Al principio Nuria pensó que podía ser algo personal con ella, que igual había hecho algún comentario que le había sentado mal y por eso apenas le hablaba y ni siquiera contestaba. Pero a todas las hacía lo mismo. Se notaba que no estaba bien. Desde que la conocían, Diana era una montaña rusa. Había épocas en las que estaba eufórica, y otras en la que les observaba con la mirada perdida, es decir, como si fueran masas corporales delante suya. No las apercibía. Habían aprendido a conocerla y sabían que era algo temporal y que duraría unos días o, como máximo, una semana.

Lo de esta vez estaba durando un poco más de la cuenta, y visto sus antecedentes depresivos, – más de una vez tomó algo para estar mejor – tuvieron miedo por su estado. Cuando llegaron, tenía los ojos rojos de llorar. Y empezó a contarles de nuevo cómo se sentía por no poder tener un empleo normal donde pudiera tener un salario fijo y unas condiciones que no cambiasen cada semestre.

– Querida, eres como una mujer maltratada. Esperas a que el sistema cambie, pero eso no va a suceder si ya no ha pasado. Debe haber como siempre una razón para que este tipo de empleos proliferen y para que el Estado no haga nada al respecto – dijo Yasmín.

Diana se echó a llorar. Efectivamente, era la viva imagen de una mujer maltratada por los años, pero esta vez por un empleo. Una mujer que no había conocido otro tipo de trabajo y que pensaba que todos serían así, que lo normal en una relación profesional también era esquivar los golpes, unas veces más fuertes, otras con más suerte.

Mary escuchaba estas cosas y se mordía las uñas, como si fuera un hermano mayor que sabe que abusan de su hermana y al que le gustaría ir a matar a ese abusador, a estrangularlo con sus propias manos.

– Tenéis que hacer algo, Diana. Debéis llamar a un abogado del trabajo, te lo he dicho mil veces. No puede ser que la inestabilidad laboral os haga sentir de esta manera – aseguró Mary, que siendo abogada pensaba que todo comportamiento que no respetase el bienestar del trabajador había que denunciarlo.

– Yo creo que estas instituciones no se dan cuenta que con este tipo de empleos fomentan en

ocasiones un comportamiento sadomasoquista entre algunos empleadores y sus empleados – dijo Nuria, que siempre se dejaba llevar por el lado afectivo.

– Nadie hace nada, chicas. Yo sola no puedo luchar con un sistema que no tiene en cuenta la experiencia y la antigüedad de la gente para actualizar sus contratos – dijo Diana entristecida.

– ¿Pero no te das cuenta de que esos contratos no valen para nada? Son falsos. Tan falsos como que yo soy hombre. Es solo una apariencia, como yo cuando nací en un cuerpo equivocado. No te garantizan las verdaderas funciones de un contrato y te está enfermando, reina – sentenció Yasmín con ojos de tristeza.

Diana sabía que sus amigas llevaban razón, pero poco podía hacer. Ya no sabía cómo actuar, estaba empezando a sentir ganas de acostarse y de no levantarse de nuevo. Si su trabajo le fallaba, ¿qué le quedaría?

Empezaba a detestar esa ciudad. El olor de esas calles mal limpiadas. La masa de gente que corría de un lado a otro sin mirar a nadie. Las ratas que le observaban desde las alcantarillas como si conocieran sus secretos más íntimos. Lloraba sin parar desde su ventana y sus lágrimas caían a la misma velocidad que el agua de la lluvia. Formaban un pequeño surco alrededor de sus pestañas y le hacían más bella aún. París era una ciudad preciosa, maravillosa, pero no la quería. París nunca la había aceptado. Pensó en todos esos años de búsqueda incesante de una pareja, en aquellos petardos con los que había cenado. Casados, divorciados, viciosos, tímidos. Todos habían pasado por su cama con la misma suerte de aquel que cambia unas sábanas sucias después de follar. No había nada más después de un par de meses de conquista. Todos la habían tratado como a un objeto roto. Y aquel trabajo la consideraba igual, le hacía sentir inútil, inservible, innecesaria. Tenía la sensación de tener que suplicar cada hora de clase. Se sentía como un mendigo en la puerta de la iglesia, que sabe que cada día será distinto y comerá dependiendo de la buena mano de quien se le acerque. Se sentía igual. No podía hacer planes para comprar un apartamento, no sabía qué ganaría cada semestre. Sus jefes nunca le darían un contrato completamente en regla para que pudiera respirar de una vez. Ella tendría que seguir luchando así durante veinticinco años más, incluso más si el gobierno francés seguía aumentando la edad de jubilación. Sentía vergüenza de volver a España con las manos vacías. Al menos ahí, tenía algo de limosna.

Se preguntó si merecía la pena seguir viviendo así. Si no sería más bonito saltar por esa ventana y tirarse de manera romántica por uno de esos tejados haussmanianos grises que tanto le gustaban de París. Porque al contrario de París, ella sí había amado cada rincón de esa ciudad. Moriría de manera vanguardista y nadie la echaría de menos. Sintió un alivio al pensar esto, se

agarró a la almohada y se quedó dormida durante un buen rato.

+++++

Yasmín la llevó al psicólogo. Buscó un psicólogo guapo en Doctolib, pensaba que, si era guapo, Diana iría con más frecuencia y, sobre todo, con más ganas. Y no se equivocó.

Diana entró en el psicólogo medio intimidada. Era la segunda vez en su vida que iba a uno. La última vez fue hace cinco años, cuando se enamoró de aquel médico francés y se obsesionó tanto con él, que acabó con síntomas de hipocondriaca. El chico francés salió ahuyentado. Aunque en principio se había fijado en Diana, aquel estado psicológico lo hizo desvanecerse, y ella se obsesionó con la idea de verlo de nuevo. Entonces estuvo tres o cuatro veces en un psicólogo, pero en cuanto se le fue pasando la obsesión del médico, dejó de verlo.

– Demasiado caro para lo que es – se dijo Diana. Ya me encuentro mucho mejor.

Al ver a este psicólogo tan apuesto, se dijo que tenía que haberse lavado el pelo antes, que su amiga le podía haber dicho que iban a ir a una consulta de un hombre semejante.

Se llamaba Ramón. Era español y tenía una mujer francesa. Llevaba en Francia veinte años. Ramón era de León y tenía una pronunciación y un tono de voz espléndidos. Su voz era como la de un interlocutor de radio, y a Diana le apetecía más saber sobre él que contarle sus miserias. Él la miraba a veces como apenado, y eso a ella no le gustaba. Estaba harta de suscitar pena. De ser víctima de su propio victimismo. De no avanzar nunca y tener todas estas cosas en la cabeza que seguramente hacían huir a los hombres.

Ramón daba buenos consejos, pero más que consejos, le hacía sentir bien. Su voz era como un antidepresivo natural, porque la situaba en un lugar seguro.

– Tienes que cambiar de trabajo, ¿no te das cuenta de que te estás dando siempre contra el mismo muro? – le repetía. Tienes la suerte de contar con una cabeza muy fuerte y sobre los hombros. Y por eso remontas siempre. Pero estás en la cuerda floja y, si no haces nada por salvarte, corres el riesgo de caer.

Ramón no quería que tomase pastillas. Él ansiaba que cambiara de vida. A medida que se conocían más y más, se fue instaurando entre ellos una relación de confianza que iba más allá de un servicio psicológico. Ramón se iba descubriendo también, le contaba anécdotas de su vida y no miraba el reloj con la hora exacta. A veces la consulta duraba hora y media, eran ya como dos

amigos que hablaban la misma lengua.

Ramón fue puliendo en Diana un diamante en bruto. Diana parecía haber recuperado confianza en sí misma. Se veía más atractiva, más segura y seductora. Incluso Marco se había dado cuenta de ello.

– Diana parece diferente, ¿no es así? La veo distinta, como más centrada y sonriente. ¿No decías que estaba deprimida? ¿se buscó por fin un novio en condiciones? – le preguntó Marco a Nuria.

– No, sigue sola. Pero la terapia con el psicólogo le ha venido de maravilla, la verdad – contestó Nuria.

– Igual deberías plantearte tú también lo de ir a terapia algún día, te vendría bien – le dijo Marco.

Nuria pensó que igual a él le vendría también bien irse a un gimnasio y pulir esa barriga tan hermosota que tenía, esa grasa que se le había ido acumulando con los años y que a él no parecía preocuparle. Pero se calló. No tenía ganas de discutir de nuevo. Pensó en Diana, se alegró por ella, y se dijo que quizá pronto encontraría un hombre que la hiciera feliz o que, al menos, lo intentara.

Capítulo XI

Yasmín llamó a las chicas por teléfono. Les telefoneó a cada una de ellas por separado, pero pensaba citarlas a todas juntas. Quería invitarlas para anunciarles un proyecto profesional que tenía. Viniendo de Yasmín, se podían imaginar cualquier cosa como negocio: una línea de ropa erótica, una gama de comida saludable, joyas... Todo podía ir bien con Yasmín, siempre y cuando tuviera ese toque de lujo que ella le ponía a todo lo que tocaba y a cualquier cosa que hacía.

Por eso les invitó a cenar en el nuevo restaurante del chef Cyril Lignac, situado en la calle Dragon, en el distrito sexto de París. El sitio era muy acogedor, pero aquella noche no había nadie, solo una pareja en una mesa. Estuvieron esperando como media hora antes de sentarse. El servicio era lento y la comida, aunque era buena, con raciones muy pequeñas para la mayoría de ellas. Aunque Yasmín, acostumbrada al lujo, no pensaba lo mismo.

– Chicas, esto es como el sexo, lo importante es la calidad, no es la cantidad – les decía mientras ellas miraban con asombro los tres raviolis que tenían cada una de ellas en el plato.

Diana se agarró dos trozos más de pan y aprovechó que el camarero pasaba por la mesa para pedirle amablemente que si le podían rellenar la panera de nuevo. Esa noche iban a pasar bastante hambre – se dijeron las amigas entre risas –y pensaron en pedir de segundo la hamburguesa con patatas.

Yasmín estaba feliz. Tan eufórica o incluso más que cuando tenía una nueva conquista. Empezó a jugar con las servilletas, como una niña nerviosa que no sabe cómo contarle algo a su mamá:

– Chicas, he creado una línea de ropa y complementos. Es una gama bastante original, en el sentido de que es para gente como yo, gente que no tiene géneros normativos. He ideado este proyecto como una marca de exclusividad para gente con mis preferencias sexuales o la de otras sexualidades fuera de norma. Eso no quiere decir que no lo puedan llevar otras personas normativas, por así llamarlas, pero será también una firma que favorecerá la visibilidad para las personas de mi entorno, y además será un sello de ropa con mucha clase– les explicó ella.

– La idea suena bastante bien – le felicitó Mary –, que desde que se acostaba con el becario no le encontraba pegas a la vida. Había pasado de ser una amargada y debatirlo todo a ver la vida en rosa.

– Pero Yasmín, ¿de dónde has sacado el dinero para financiar algo así? ¿Ya la empresa está funcionando? ¿Y quién te ha asesorado? – preguntó incrédula Diana.

– La empresa funciona de maravilla, estoy vendiendo bastante. De hecho, la acabo de implantar en París también. Acabo de poner una tienda física en El Marais – les dijo Yasmín.

El Marais era la zona gay de París por excelencia. Era uno de los barrios más cosmopolitas de la ciudad, donde además de la comunidad gay que estaba muy presente con bares, restaurantes y espectáculos, también convivían artistas y otras comunidades como la judía, que daban a este distrito una atmósfera muy especial. Este *quartier* era perfecto entonces para la tienda de Yasmín, que además de ser trans, era también judía. Poco sabían ellas de su religión, lo único que conocían es que su familia vivía en Israel, donde Yasmín viajaba con bastante frecuencia.

– Me gustaría que vosotras también pudierais formar parte de este proyecto, que colaboraseis conmigo si os apetece. Incluso podríamos hacer algunas fotos juntas comiendo en la capital y llevando mis complementos para promocionarlos – les comentó sonriente.

– ¿Puedes enseñarnos algunos productos? – dijo Mary entusiasmada ante la idea de cualquier tipo de inversión.

– ¡Claro! Aquí tenéis. Mirad qué materiales y qué logo más hermoso para mi comunidad – les enseñó con orgullo Yasmín, emocionada.

El logo era bastante bonito, dorado, y las prendas llenas de colores y brillantinas. Era ropa de calidad y diseños muy originales. Su amiga se había convertido en una gran diseñadora y ellas no eran ni siquiera conscientes de su éxito.

– ¿Por qué no nos dijiste nada, Yasmín? Estas prendas existen desde 2021 y estamos en 2023 – preguntó Nuria como enfadada, como traicionada.

Nuria odiaba la mentira. Todo lo que pudiera ser ocultar o mentir, ella lo veía como uno de los peores valores de una persona. Con Nuria podías ser como quisieras, siempre y cuando no le mintieras o le ocultaras algo. Para ella, Yasmín había mentido. Y, entonces, en cuestión de unos minutos, toda la estima que tenía por Yasmín, como la amiga más honesta y auténtica, se había venido abajo.

– Reinas, he querido ocultar algo todo este tiempo que ahora tengo que deciros. Me gustaba la idea de ser como vosotras, de tener que pelear por cada euro, como hace Diana. O de tener que comer pasta durante un año, como Nuria, para compensar los meses sabáticos que se ha tomado en el trabajo para estar con su hijo. Me gustaba la idea de gestionar el dinero como logra hacer

Mary, para poder invertir un poco y viajar por todo lo alto como recompensa. Pero – prosiguió Yasmín un poco acalorada – la verdad es que no necesito nada de eso, ni siquiera tendría que crear una marca para vivir como vivo, no tendría que levantarme temprano cada mañana si no quisiera. Pero... pero, sin embargo, lo hago. Lo hago porque vosotras sois mi ejemplo y porque me gusta sentirme útil.

Ninguna de sus amigas entendía nada. Se miraron las unas a las otras y esperaron a que Yasmín continuara.

– Mi padre es un importante hombre de negocios en Israel. Tiene hoteles de lujo por todo el mundo. Cuando llegué aquí no vine huyendo ni en busca de un trabajo normal. Vine con la idea de inspirarme para la creación de una marca, pero no tenía ninguna presión por parte de mi familia, ellos se han encargado de financiar siempre todo. Si os hubiese dicho esto desde el principio, me miraríais de otra manera. Entonces ya tendría que demostrar mil veces más que soy autónoma e independiente. Ya no podría quejarme a gusto de la vida parisina, porque todas me diríais que soy una afortunada, una privilegiada y que no tengo derecho a hacerlo. Pero solo hablamos de dinero. El dinero solo hace la vida más fácil, pero no la hace mejor ni más buena. Ni por tener dinero la vida es un camino de rosas ni el no tenerlo es garantía de fracaso.

Diana hizo un ademán, como para decir que no estaba de acuerdo, pero no se atrevió a decir nada. De todas formas, todas sabían ya lo que diría. La conocían tan bien. Replicaría que, si no tuviera que luchar cada semestre porque las universidades le mantuvieran las horas y contar cada mes lo que ganaba, su vida sería realmente maravillosa.

– El dinero no da la felicidad, pero proporciona una sensación bastante parecida – dijo Mary. Si uno tiene dinero puede comprar tantas cosas, todo menos la salud, diría yo. Pero te entendemos. Todos tenemos secretos. Imagino que no es fácil integrarse en el mundo de la mayoría cuando se viene de una posición privilegiada. Y tú has querido experimentar y vivir lo que se supone que es ganarse las habichuelas por uno mismo.

– Y lo has conseguido – prosiguió Diana. Tendrías que estar muy orgullosa.

Nuria seguía callada. Estaba enfadada, decepcionada. No es que no se alegrase por su amiga, es que ahora no sabía quién era, porque entonces no conocían nada de su vida. Ella, que les había contado hasta las almorranas que tenía después del parto, se encontraba frente a una amiga de la que no sabía mucho más que sus preferencias sexuales y su atracción fetichista por las manos.

– A ver, Nuria, entiéndelo – le dijo Yasmín, que ya la conocía lo suficiente como para saber que estaba molesta. Cuando nos conocimos tenía otras cosas particulares que contaros, que para mí

eran más importantes, en cuanto a mis gustos sexuales y preferencias. Cuando os reconocí eso y me aceptasteis, tuve miedo de que, al hablaros de mi situación personal, fuese ya cada vez más distinta a vosotras. Entonces preferí callar y, como todo funcionaba bien, al final los meses pasaron y ya no sabía cómo contaros algo tan importante que debí confesaros en su momento.

– Bueno, – dijo Diana. Lo importante es que nos lo has revelado al final. Como dice Mary, todo el mundo tiene secretos. Hay quien no los cuenta nunca – concluyó para intentar zanjar esta conversación de reproches.

Nuria parecía ahora menos enojada. De vuelta a casa, se dijo que no era realmente una mentira, que solo había ocultado algo gordo de lo que le incomodaba mucho hablar. Pensó que debía ser difícil también ser rica, más que todo porque no sabrías con certeza si la gente era tu amiga para aprovecharse de tu situación. Pensó en que a las personas ricas no les apetece tener que andar invitando a la gente y, a veces, si no lo hacen, puede que sus amigos las juzguen por eso. Se alegró entonces de no ser rica. Aunque, por otro lado, los ricos tenían la suerte de poder divorciarse con facilidad y seguir siendo ricos – admitió a regañadientes mientras abría la puerta de su casa al llegar.

Ahí estaba su marido, viendo una película en su teléfono, tumbado en el sofá. La saludó con la mano, como aquel que saluda a un colega de trabajo o a un antiguo compañero de colegio.

– ¿Qué tal ha ido? – preguntó casi obligado, sin ganas de hablar.

– Pues muy bien – dijo ella con ganas de conversar, porque traía un chisme gordo. Resulta que Yasmín es super rica. Lo cual explica su apartamento en Montmartre, las botellas de champán, las cuales hacen uso del agua corriente en su casa, y todos esos trajes que trae siempre, que definitivamente, no son imitaciones.

En realidad, estoy hasta aliviada de saberlo. A veces me preguntaba si Yasmín no estaría endeudada hasta las trancas y algún día tendría graves problemas para hacer frente a todos sus agujeros. O incluso, se me pasó por la cabeza si no se dedicaba a la prostitución de lujo y eso explicaba su tren de vida.

– ¿Una sugar baby de cincuenta años? – dijo Marco riendo.

– Yasmín es una mujer guapísima. Estoy segura de que más de uno no dudaría en acostarse con ella, con cincuenta y con sesenta, y sin pagar– afirmó Nuria enfadada.

Estaba un poco harta de que los hombres vieran a las mujeres de cincuenta como cuerpos

de deseo en oxidación, como si, aunque fuesen bonitas, llevasen colgadas un cartel enorme que pusiera la edad que tenían y lo acabadas que deberían ya estar. Miró a su marido, últimamente estaba cambiado, lo vio como más guapo, con una barba mejor cuidada. Además, parecía de mejor humor. Se alegró, así la convivencia sería más amena.

Se acostó y se puso a pensar en Pedro de nuevo. Habían pasado varios meses desde que no hablaban. Su fantasma había ido perdiendo la oxitocina, que era como la gasolina de su deseo para mantener la llama. Le costaba ya imaginarlo y aquel deseo placentero que había estado generando su cerebro con su fantasma, había pasado a un segundo plano. Ahora solo quedaba la curiosidad. El interés de saber cómo estaba, cómo le iba en aquel país. También Nuria soñaba con cambiar de escenario, eran muchos años en París y empezaba a estar cansada de aquel lugar.

Dicen que la distancia es el olvido – se dijo Nuria. ¡Qué gran verdad!

Pero, aún así, escribió a Pedro. Pedro no le contestó, lo cual era normal, eran las diez de la noche y era un hombre casado. Él tenía una relación intensa con su mujer, y sabía cuándo y cómo podía hablar con otras mujeres.

Al día siguiente le contestó y estuvieron hablando de su vida en Alemania. Le contó que el trabajo allí era más aburrido, pero más efectivo. Ambos eran consultores, pero Pedro ganaba mucho más. Porque era hombre y porque además era un buscavidas, y sabía aprovechar cada ocasión para sacar el doble de lo que cualquier otro haría.

Por eso cuando en la oficina propusieron un puesto de consultor de tres años en Alemania con un doble sueldo y la posibilidad de ascenso al regresar, Pedro no lo dudó ni un momento. Levantó la mano al instante. Su decisión sorprendió a todos, porque ni siquiera había hablado con su mujer, pero había un solo puesto y él quería asegurarlo. El hecho de no consultarlo con su mujer, Elise, dejaba claro quién llevaba los pantalones en esa relación o, si no, que su mujer lo quería tanto como para seguirlo a cualquier lugar.

Marco era todo lo contrario a un emprendedor. Era una persona con un gran potencial, pero que se conformaba con un trabajo normal, sin pensar en evolucionar o en sacar el máximo provecho a su intelecto.

Capítulo XIII

El desfile estaba lleno de gente extravagante. Personas de todo el mundo, pero de aspectos muy diferentes.

Aquel sábado se celebraba el primer desfile de la colección de ropa de Yasmín en París. Todas estaban invitadas. Estarían sentadas en primera fila. Se les notaba nerviosas. Habían pasado de ir a tomar cervezas en *happy hour* a los baretos más económicos de la ciudad, a ser invitadas a un desfile de moda y a un cocktail de bienvenida en el distrito ocho de la ciudad. El desfile estaba repleto de personajes del negocio de la moda y de la Alta Costura.

Nuria se preguntó si pasaría como en las películas y durante aquel *cocktail* conocería a un emprendedor de éxito con el que charlaría hasta altas horas de la madrugada en París. Pero todo el mundo parecía muy ocupado en ese lugar, muy pendiente del análisis de aquellos pomposos vestidos de todas aquellas marcas famosas. Todos grababan en imágenes a aquellas modelos que, más que bellas señoritas, a Nuria les recordaban a champiñones ostentosos.

Ahí está la hija de Kate Moss – dijo Diana. La tuve de alumna hace unos años, en aquel instituto privado del centro de París – nos explicó orgullosa.

Lo bueno de París es que te topabas con todo tipo de gente. Desde los ricos y famosos a los más humildes que sueñan con esta ciudad desde el lado romántico con el que han ido construyendo el imaginario de París como una ciudad de ensueño.

Nuria salió a fumar un cigarrillo. Este tipo de ambientes no le gustaban. No le gustaba nada la moda, ya desde pequeña acostumbraba a comprar lo básico y necesario y le mareaban los centros comerciales. Le daban ganas de vomitar y tenía que salir a tomar el aire. Ahora solía comprar ropa de segunda mano por internet. Con el paso de los años, había incluso desarrollado una conciencia ecológica, a la vez que comprar a distancia le ahorraba el mareo de tener que ir en búsqueda de cosas que no necesitaba. Por eso se salió a respirar mientras no estaba el desfile de la colección de su amiga. Ahora le tocaba el turno a Balenciaga, y a Nuria todos los vestidos le parecían igual de incómodos e imponentes.

– Se hace largo esto – dijo una voz por detrás de su espalda. Parece que el tiempo no pasa. A mí todos los vestidos me parecen igual de feos.

Nuria sonrió. Pensaba exactamente lo mismo. Y estaba contenta de saber que no era un bicho raro, que al igual que odiaba los museos, tampoco le gustaba el mundo de la moda, tan ostentoso como superfluo.

– Estoy aquí para inspirarme. Estoy haciendo una novela de París y una de sus protagonistas es una modelo de Alta Costura que terminará sucumbiendo al mundo de las drogas y de los excesos para lograr un lugar en este mundo tan efímero – explicó el hombre, que en aquel momento no supo si su última frase sentaría bien a Nuria y tragó saliva.

– Yo estoy acompañando a una amiga que es diseñadora. Pero tampoco me interesa mucho el desfile. Todos los modelos, los modelos y modelos me parecen lo mismo – se rio Nuria, que había intentado, como de costumbre, hacer un juego de palabras y decir algo gracioso, esta vez con el lenguaje inclusivo.

– Si le parece, – prosiguió el hombre que no rio a su broma – podríamos ir a respirar un poco al Parque Monceau, está aquí detrás y, con suerte, todavía estará abierto – dijo.

A Nuria le pareció buena idea. Aunque, al mismo tiempo, no sabía nada de este desconocido, de dónde era, de dónde venía, la edad que tenía. Lo único que conocía de ese hombre es que estaba escribiendo una novela. Pero el plan le parecía mucho más divertido que quedarse en esa fiesta con gente estrafalaria que hablaría de diseñadores que ella desconocía y que no le interesaban en absoluto. Prefirió arriesgar e irse con un extraño. Yasmín ni siquiera se daría cuenta de su ausencia por un par de horas. Y al volver, podría ir directamente al *cocktail* y, seguramente con dos copas de champán, aquellas conversaciones le parecerían mucho menos infumables que con el hígado vacío.

El escritor tenía un acento latino. Se llamaba Álvaro. Resultó ser un argentino de ascendencia italiana. Le contó que tenía cuarenta años y no estaba casado ni tenía hijos. Llevaba una vida bastante bohemia. Había estudiado literatura en la Toscana, pero no había conseguido un puesto de profesor titular. Tenía un aspecto desaliñado, como el estudiante que no duerme casi nunca y se va a la universidad directamente después de salir de fiesta, pero que no renuncia a nada.

Nuria le contó que estaba casada, que tenía un hijo y que era consultora. Álvaro la escuchaba admirativa. Les resultó peculiar saber que ambos añoraban lo que el otro no tenía. A Nuria le fascinaba saber que Álvaro era libre, que viajaba por ciudades y países buscando inspiración, como un ave salvaje. Nadie lo esperaba en ningún lugar, no tenía que dar explicaciones a ninguna esposa, a ningún jefe. Tenía la llave de la libertad mental, pero se encontraría prisionero a nivel material para poder mantener esa sensación que tanto le gustaba.

– Uno tiene que elegir entre lo convencional y material, o lo espiritual y la libertad. O a veces hay quien consigue las dos cosas, pero eso es muy difícil– le comentó Nuria a Álvaro mientras contemplaban, desde la pasarela del parque Monceau, aquel maravilloso estanque.

Parecía que se conocían de siempre y se habían visto por primera vez hace una media hora. Ya sabían más el uno del otro que muchos matrimonios donde se finge un diálogo abierto durante años.

– Sabes, Nuria – dijo Álvaro. Lo mejor para ser feliz es no cuestionarse cada día lo que podría uno tener o haber hecho, sino ponerse pequeñas metas personales e intentar cumplirlas. Y claro está, buscar que es lo que realmente te hace feliz. Porque si lo que te alegra en la vida es ir a ver un desfile de moda, pues perfecto, pero si lo que te llena es contemplar la hierba durante horas, no tienes por qué adaptarte a la mayoría. Yo escribo por necesidad, como terapia personal. Cuando no escribo mi cerebro es una máquina en plena ebullición, empiezo a experimentar cambios de humor que no me gustan. Y, en cuanto me pongo a escribir, mi cabeza se ordena y siento como una sensación de adrenalina que me recorre todo el cuerpo. Pero ¿qué es lo que a ti te proporciona esa sensación, Nuria? – le preguntó al final.

Nuria miró al estanque y no supo qué contestar. Se encogió de hombros como el niño al que le preguntas si quiere más a su papá o a su mamá y no sabe qué responder. O, si lo sabe, intuye que cualquiera que sea su respuesta, no será la buena.

+++++++

Volvieron a la fiesta. Cuando Nuria llegó, solo estaban Yasmín y Mary. Diana se había ido.

– Decía que tenía que preparar unas clases para mañana. Está siempre tan obsesionada con el trabajo– dijo Yasmín. Y para lo que gana, creo que en su lugar lo improvisaría todo sin más, para adecuarme al sueldo– prosiguió sonriendo.

Yasmín estaba guapísima. Llevaba un vestido blanco de encajes que le marcaba su precioso cuerpo. Nos contó que la historia con Alberto había terminado. Alberto le había sugerido tener una relación abierta y que ella no había aceptado. Empezaba a verlo demasiado progresista en cuanto a deseos sexuales, porque incluso se había comprado una muñeca erótica de tamaño natural y la colocaba frente a ellos cuando hacían el amor.

– Yo soy más tradicional – dijo Yasmín. Puedo entender que uno tenga mil relaciones con

sexualidades diferentes, pero no al mismo tiempo. Soy bastante celosa y ya que me mire esa muñeca absurda de plástico me pone de los nervios. Imagínate si sé que Alberto antes de venir a casa ha estado con otra persona. No way – les explicó mientras se bebía, de un gran sorbo, una copa de champán francés.

– Te entiendo. Yo tampoco podría perdonar una infidelidad. Aunque en el caso de Alberto no es ninguna infidelidad, él tiene la honestidad de decirte lo que siente y lo que le apetece hacer, y eso le honra. No creas que todos los hombres harían lo mismo. Hay más cobardes que Albertos. Te lo digo yo – concluyó Mary.

Nuria no dijo nada. Se quedó pensativa. Para ella el tema de la infidelidad era una cuestión difícil. Porque ella estaba casada. Y los casados, sobre todo con hijos, están tan atados en todos los sentidos, que una infidelidad parece un asunto menor para alguien que ha decidido compartir almohada para toda la vida– se dijo a sí misma. Se preguntó qué hubiera hecho si hubiese pasado algo con Pedro, porque aquí ya la sinceridad le habría costado demasiado cara como para confesarla sin más a su marido. Sería como si alguien te pone una pistola en la cara y te ordena callar o te matará. Hablar hubiese significado el fin de todo. Y no hablamos de amor. Hablamos de pragmatismo. Porque un matrimonio es claramente una relación de conveniencia. Y ella le cuadraba lo que tenía con Marco. Un desliz podría joderle la vida. Pero, a su vez, Nuria se preguntaba si un escarceo amoroso no era necesario para continuar, para sentirse viva.

– Hay muchos psicólogos que no piensan igual, queridas. Muchos consideran que la infidelidad en las relaciones largas puede ser incluso positiva – les dijo Yasmín mientras supervisaba con sus ojos toda aquella peculiar fiesta.

Parecía como si ella ya se hubiese repuesto de lo de Alberto. Como aquel que olvida un amor no consumado. Como si no hubiesen tenido esa intimidad que ata a las mujeres por completo, hasta volverlas locas, tontas, bobas. Nuria la admiraba tanto, por lo que era como mujer y por lo que estaba haciendo como empresaria. Se despidió de sus amigas y cogió un taxi para volver a casa.

+++++

Mientras subía en el ascensor, Nuria se agachó a coger una horquilla de niña, de esas con brillantinas que hubiera querido poner a su hija si la hubiese tenido. Fue duro para Nuria aceptar que no tendría una hija, porque, como cualquier mujer, se había imaginado que con su hija

compartiría todo lo que ella sabía hacer, y no sabría cómo divertir a un hijo. Durante meses lloró de tristeza en su embarazo, pero tenía claro que no quería tener más de un hijo. Poco a poco se acostumbró a la idea de que su hijo sería varón. Lo acompañaría al fútbol, harían cosas diferentes juntos, lo querría como a ningún otro hombre podría haber querido. Pero al ver esa horquilla, se estremeció. Pensó entonces en Diana, su amiga que todavía usaba esas mismas cositas de niña para decorar su pelo con cuarenta años. Quizá era una nostalgia que tenía para no dejar de ser niña. Pensó en su amiga también con tristeza, porque sabía cuánto había ansiado tener hijos y lo difícil que lo tenía para encontrar un hombre.

Capítulo XIV

Mary seguía con su relación con Noah. Cada fin de semana hacían algo juntos, secretamente. La mayor parte del fin de semana se la pasaban haciendo el amor, pero para no caer en la monotonía habían puesto la regla de hacer cosas distintas. Cogían un avión barato y aparecían en Oporto, o alquilaban un coche y se iban a Normandía durante el fin de semana. Parecían dos adolescentes con dinero que esperan con ansia el fin de semana para que se vayan sus padres y sentirse por fin libres.

Mary vivía esa historia como ninguna otra. El hecho de que Noah tuviera veintitrés años la confrontaba a lo efímero, le hacía saber que su relación sería esporádica, que duraría unos meses, un par de años a lo sumo. No era una relación sexual, pero, al mismo tiempo, tampoco parecía una relación con futuro, en la que se pudiera proyectar. Noah y ella nunca hablaban del futuro, como si este no existiese. Se habían limitado a vivir el presente, y es por eso por lo que lo disfrutaban mucho más. De vez en cuando recorrían juntos el pasado, pero como juego para descubrir qué disparidades encontraban en sus adolescencias. Porque había veinte años de diferencia entre ellos y, aunque las desavenencias no eran palpables, a ambos le gustaba bromear con el tema de la edad.

Mary lo vivía desde la experiencia. Se sentía más segura al lado de ese chico joven, que hacía todo para complacerla. Parecía como si Noah quisiera demostrarle que él podía ser mejor que todas sus relaciones pasadas, a pesar de su temprana edad. Y sin duda, lo era. Era el que mejor se movía en la cama y el que más esfuerzos hacía por sorprenderla los fines de semana. Mary, por su parte, lo colmaba de regalos y de detalles, como si se sintiese en la necesidad de agradecerle todas esas atenciones.

Aquel fin de semana estaban en Bretaña. Habían alquilado una enorme casa al lado de un lago. El tiempo no acompañaba, pero la tranquilidad era excelente y los dos parecían recargar fuerzas de todo aquel bullicio parisino en el que trabajaban.

Mary recibió una llamada de Jean Paul. Se preguntó qué podría querer un domingo su exmarido, si cuando quedaban o hablaban lo hacían siempre por mensajes, no se llamaban nunca por teléfono.

– Hola, Jean Paul – contestó en seco Mary.

– ¿Estás ocupada? – dijo él.

- Estoy de fin de semana con unos amigos – mintió ella. ¿Por qué?
- Tenemos que hablar, pero no me corre prisa. No es nada importante. ¿Te parece si paso mañana a casa a verte después del trabajo? – le preguntó Jean Paul un poco nervioso.
- Sí, claro, sin problema. Hacemos así. Hasta mañana – le dijo Mary.
- Adiós – contestó él y colgó rápidamente.

A Mary le resultó de lo más extraño esa llamada. ¿Qué querría Jean Paul? ¿Estaría arrepentido? ¿Querría volver con ella? O, peor aún, ¿tendría una enfermedad grave?

Cual fuera que fuese la razón de su llamada, por aquel tono de voz, no parecía ser una buena noticia. Tenía ganas de llamarlo de nuevo y de preguntarle directamente qué quería. Tendría que esperar hasta el día siguiente sin saber nada. No sabía si podría aguantar tanto.

Pero entonces Noah apareció, en calzoncillos, con un croissant, una rosa y café para tomárselo juntos en la cama. Su conciencia pragmática le llevó casi a preguntarle de dónde había sacado esa rosa un domingo por la mañana, cuando solo había tenido unos minutos a solas. Pero no quiso preguntar nada. Estaba aprendiendo a no tener que controlarlo todo, a no querer saberlo todo. Lo mismo tendría que hacer con Jean Paul, y olvidarse por ahora de esa llamada. Por suerte estaría entretenida hasta entonces, la espera sería muy, muy dulce.

Besó con pasión a Noah y ambos se sentaron en la cama como dos adolescentes que comparten risas y experiencias sin pensar en el mañana.

+++++

Eran las cuatro de la tarde del día siguiente y Mary estaba cada vez más intrigada. Esperaba con ansia que fueran las siete para recibir a Jean Paul en casa. Trabajó incluso mejor con la ansiedad, hasta se preguntó si la ansiedad no sería, al contrario de lo que la mayoría piensa, un mecanismo positivo para hacernos trabajar con más rapidez y eficacia. Mary tenía tantas responsabilidades en los últimos años como dinero en su cuenta bancaria. Le habían ascendido para ser mediadora y viajaba con frecuencia a Madrid para mediar con clientes españoles. Sus clientes eran también grandes bancos de todo el mundo. Pero no todo era tan bonito y, muchas veces, tenía que trabajar de noche, para adaptarse al cambio de horario de otros países como Australia. No podía pedir a un cliente australiano que se levantara a las cuatro de la madrugada para discutir de un caso, y entonces era ella la que tenía que sacrificar su sueño. Desde hace varios años padecía insomnio y

había aprendido a trabajar sin dormir más de cuatro o cinco horas diarias. No parecía cansada. Ni siquiera lo estaba. Había empezado a creer que su cuerpo no necesitaba todas esas pastillas que antes tomaba para dormir, que en realidad no tenía que compararse con la mayoría del mundo. Que era una de esas personas que necesitaban dormir menos. Porque Mary odiaba ir a dormir. Para ella era una obligación desde pequeña. Todavía recordaba cuando su madre la acostaba temprano y entonces pasaba las horas mirando al techo e imaginando increíbles historias y recitándose cuentos para intentar conciliar el sueño. En la adolescencia había aprendido a estar despierta en silencio y, mientras todos dormían, escuchaba música y se hacía piercings para hacer pasar el tiempo. Ahora de mayor, por fin sabía cómo gestionar su sueño. Y eso hacía de sus noches jornadas laborales mucho más largas. Así fue como consiguió ese ascenso. Porque entre Matthieu y ella no habría habido duda con un rendimiento similar, incluso si esta productividad hubiese sido ligeramente menor para él. Matthieu hubiese sido el elegido. El empleado que sabía hacerse amigos en puestos altos, que salía a fumar con los jefazos. Mary era simplemente una máquina de hacer dinero. Era mujer y extranjera. Poco podía hacer al lado de un Matthieu que contaba unos chistes maravillosos mientras sonreía y gestionaba todo con calma, dando palmaditas en la espalda a cualquier compañero, haciéndoles sentir únicos. Pero la suerte estuvo de la parte de Mary, o quizá ella pensaba que eso era fortuna y no lo fue. Matthieu no estaba dispuesto a gestionar esas llamadas de las cuatro de la madrugada de aquellos clientes australianos, y prácticamente cedió caballeramente su posición a Mary. Esperaría otra ocasión, seguramente mejor, para escalar posiciones. Nadie dudaba de que Matthieu lo haría, conseguiría una promoción. Pero Mary había aprendido con los años que era mejor no rechazar las cosas. Porque cada vez que había dicho que no a algo se había arrepentido. Que las oportunidades hay que cogerlas cuando se presentan. Y así lo hizo Mary.

+++++

Llegó a casa nerviosa. Eran las seis y media. Conociendo a Jean Paul, seguro que llegaría antes de las siete. Era tan puntual que siempre se presentaba antes de tiempo en cualquier cita.

Jean Paul apareció bastante serio.

– ¿Te sirvo un poco de vino? – le dijo Mary mientras intentaba adivinar en su cara qué narices estaba pasando.

– Sí, por favor – contestó él.

– Mira, Mary, no voy a darle más vueltas. Vengo a contarte algo que he visto. No sé si debería ni tan siquiera hablar de esto, porque no es asunto mío – dijo con la voz entrecortada, tímida.

Mary pensó que la habría visto con Noah. Que enseguida se habría dado cuenta de la diferencia de edad que tenían, y que vendría a darle lecciones de moral, a decirle que una relación semejante no servía para nada, que no habría ningún futuro con ese joven. Jean Paul siempre había sido un hombre íntegro. Qué pereza le daba tener que dar explicaciones a su ex. Tener que decirle que no buscaba el amor eterno en esa historia, que estaba viviendo el presente con Noah. Y que, aunque resultase difícil de creer, nunca había disfrutado tanto como lo estaba haciendo ahora.

– Dime lo que me tengas que decir, Jean Paul. No hay secretos entre nosotros, ya sabes – dijo Mary de una forma avergonzada, porque no le había contado nada a su ex antes y ahora le tocaría justificar las razones por las que no se lo había dicho.

Y ni siquiera ella las sabía, porque cuando se trataba de relaciones, Jean Paul y Mary nunca se contaban nada. Era el único tema del que no hablaban. Así, parecía como si ninguno de los dos hubiese tenido ninguna otra historia a lo largo de estos años, pero ambos sabían que no era cierto.

– Pues resulta que hace dos semanas estuve en una comida de la empresa en Saint-Michel. Fuimos unas veinte personas. Yo me coloqué en una esquina. Ya sabes que me gusta hablar poco – dijo Jean Paul con calma. Desde allí tenía la visibilidad de todo el restaurante. Pero no creo que se me viese muy bien a mí, que estaba como escondido entre las columnas. Entonces, mientras esperábamos el primer plato, vi entrar a una amiga tuya, Diana, que iba acompañada de un hombre. Ellos no me vieron. Se besaban y acariciaban todo el tiempo. Parecían muy enamorados. Pero a ese hombre, yo lo conocía, lo recordaba de algo. Al principio no le puse cara, me sonaba, pero no sabía de qué. Así que, me olvidé del tema. Hasta que, hace unos días, tu amiga Diana y su nueva pareja se presentaron juntos en mi nuevo gabinete. Acerté a verlos de nuevo sin que me viesen, y entonces recordé aquella cara y ese acento. Era el marido de Nuria.

Mary tragó saliva. Sintió un dolor en la barriga, como si fuese a ella a quien le habían engañado. Era su empatía natural para ponerse en el lugar del otro, de su amiga Nuria. Porque la traición era doble, de un marido y de una amiga.

– Pero ¿qué hacían en el gabinete juntos? – dijo Mary, que, antes de que su exmarido le diese la respuesta, ya intuyó cual era la razón para ir juntos a un gabinete de abogados.

– Le pregunté a Gabriel nada más irse, no podía contener la curiosidad. Me dijo que era una pareja que quería saber cuáles eran los trámites de divorcio y cuánto tiempo llevaba el proceso y

el coste. Sólo querían informarse, porque el hombre estaba casado todavía y estaban en proceso de separarse – contó Jean Paul.

– Menudo capullo – gritó Mary. Y menuda zorra ella – dijo inmediatamente después.

Porque Mary era feminista y hubiera argumentado que una mujer libre puede escoger a un hombre casado, que es el casado quien debe esconder el pajarito en casa. Pero es que, es que su amiga había sido una puta traicionera y, además una cobarde por no contar nada. No tenía ningún argumento para defenderla.

Aquella noche Jean Paul y Mary cenaron juntos. Empezaron a filosofar con el amor, con las parejas. Conforme vamos envejeciendo–se dijeron–, las amistades, las relaciones, los amores, les parecían cada vez menos auténticos. Porque cuando somos jóvenes creemos en el amor y la amistad para siempre, en las relaciones desinteresadas. Pensamos que tener unos valores, unos ideales, es más importante que el placer inmediato o que lo material en cualquier forma. Pero con los años, la gente se hace cada vez más egoísta, narcisista, egocéntrica.

– Pocos son los amigos desinteresados y que se alegran realmente por todo lo bueno que te pueda suceder. Los amigos de infancia que te quieren como si de un hermano de sangre se tratase, esos raramente se encuentran en la edad adulta, Mary – le dijo Jean Paul con firmeza –, mientras la miraba destrozada por el episodio de infidelidad que acababa de descubrir.

Porque lo que a Mary le dolía no era la infidelidad de Marco, porque Marco no era su amigo. Pero lo que había pasado con Diana le daba qué pensar, rompía todo el esquema de las cuatro amigas. Se sentía avergonzada por Diana, como una madre que sufre en carne propia por lo que hace su hija y se siente culpable. No podía ni imaginar a Diana con Marco ni tampoco a Nuria como madre en solitario. Nuria no podría vivir sola, ella necesitaba a un hombre con quien estar a su lado. ¿Qué haría entonces?, ¿buscaría un sustituto rápidamente?

+++++

Diana se ausentaba cada vez más cuando quedaban entre amigas. A Nuria le empezó a parecer un poco raro. Fue Yasmín la que, con sus hipótesis, sembró la duda en el grupo:

– No será que tiene un amante, alguien que conocemos y que no nos quiere presentar. ¿Será su compañero, el bisexual de la universidad? ¿Cómo se llamaba? ¿Francis? ¿Alguien que no nos quiera o pueda presentar? – dijo Yasmín mientras miraba su de reojo la página web de su

empresa.

Mary no dijo nada. No sabía qué decir. Se sentía como una traicionera hacia su amiga Nuria, aunque tampoco podía decir nada para delatar a Diana. Pero pensó que, si le hubiera pasado a ella, Mary hubiese querido que cualquiera de sus amigas le contase la verdad. Porque Diana, su amiga, se había comportado como una zorra. Había miles de hombres en París y encima casados, muchos más. Y había ido a fijarse en el marido de su amiga. Estaba realmente loca – se dijo.

+++++

Nuria volvió a casa aquella noche. Abrazó a su hijo que ya tenía dos años y estuvo charlando con su marido. Esa noche no podía dormir. Buscó entre los cajones un lápiz y un cuaderno para escribir. A ella le encantaba escribir cuando no dormía, cuando estaba preocupada, cuando estaba molesta. Se encontraba nerviosa. Pero no sabía por qué. Ella siempre tuvo como una especie de sexto sentido, una intuición, siempre fue bruja. Una bruja buena, pero, al fin y al cabo, una bruja. Recordó aquella vez que, adolescente, fue con sus amigas a ver a aquella vieja gitana que echaba las cartas. La mujer la tocó y empezó a temblar. Le auguró un buen futuro, pero le dijo que ella tenía los poderes mágicos para ver y saber cosas que otros no tenían, solo que le daba miedo usarlos.

Cuando salieron de allí, sus amigas estaban contentas.

– Qué guay, nena. Le dijo su mejor amiga cuando caminaban de vuelta a casa. ¡Tienes poderes!

Nuria asintió. Ella ya lo sabía. Pero no quería saberlo.

Esa noche sentía un nerviosismo extremo que no podía explicar. No era la primera vez que experimentaba esas sensaciones y a menudo luego descubría que sus intuiciones eran ciertas. Mientras buscaba en el cajón, vio de nuevo la horquilla de niña. Por un momento siguió buscando el cuaderno, pensó que era la horquilla que había recogido en el ascensor. Pero al cabo de unos segundos se paró en seco. Esa horquilla era verde y la del ascensor era amarilla. Además, esa horquilla le era familiar. Pero, ¿dónde había visto ella esa horquilla? – se dijo.

Su cerebro tardó unos minutos en procesar la información. Cuando terminó de compilar todo como un ordenador en su cabeza, las ideas fueron nítidas, transparentes, evidentes. No estaba loca, tenía las respuestas a muchos interrogantes. Su marido ahora se aseaba con un buen

perfume, se alineaba la barba en el barbero. Se había comprado camisas nuevas. Estaba de buen humor. ¿Y Diana? Diana había sufrido un proceso de transformación gracias a Ramón. Se había convertido en una mujer mucho más segura de sí misma. También había perdido peso y ahora lucía un cuerpo con curvas muy atractivo. Además, ella no había tenido hijos. Seguro que sus pechos eran firmes, su vagina bien cerrada y lubricada. Además, Diana se ausentaba mucho cuando Nuria estaba con las chicas en los últimos tiempos, porque era de los pocos momentos en los que podrían verse a solas con su marido. Marco había inventado la excusa del fútbol para poder coger una niñera durante esas horas. Pero no había partidos que jugar. Nuria lo notaba más delgado, con menos barriga, y ella creía que era gracias a aquellos entrenamientos. Pero era otro tipo de deporte. Era otro deporte el que su marido hacía. Se sintió estúpida. ¿Cuánto tiempo llevarían tomándole el pelo?

Los hombres casados no dejan a sus mujeres – se repitió a sí misma para tranquilizarse.

+++++

Pero Marco sí la dejó. Se fue con Diana. Ella sería mejor en la cama. O, quizá él estaba cansado de no ser el centro. Nuria siempre había sido la protagonista. Con Diana aquello no pasaría. Diana era una mujer más del montón, pero que sabría cómo hacerlo feliz, precisamente porque ella conocía la importancia de tener pareja. Nuria siempre había tenido acceso a cualquier chico, no sabía lo que era ser rechazada. Ahora lo sabía.

Pedro la llamó. Estaba en París. Había vuelto de Alemania. Le propuso verse.

¿Por qué no? – se dijo Nuria. Ahora estaba divorciada.